

LINDAURA ANZOATEGUI CAMPERO DE CAMPERO

# HUALLPARRIMACHI

[EPISODIO HISTORICO]

POR

*EL NOVEL.*

© Rolando Diez de Medina, 2003  
La Paz – Bolivia

## INDICE

Juana Asurdui de Padilla.  
Blanca.  
El expía..  
Padre é hija.  
En ruta.  
El Mayor D. Gregorio Araoz de  
La Madrid.  
Proposiciones.  
El mensajero.  
Desastre  
Incidentes.  
Un soldado ex -seminarista.

El aviso.  
Deducciones.  
Cármén.  
¡Por fin!  
En el Villar.  
Sopachui.  
Un rayo de sol.  
12 de junio de 1817.  
¡Fatalidad!  
Triste peregrinacion.  
Arrepentimiento.  
Fin.

## HUALLPARRIMACHI (1)

### Juana Asurdui de Padilla.

Estamos á mediados del mes de mayo de 1817, época del año en que la bella estación de las flores y de las mieses, parece que vacila en entregar su dorado cetro, al soplo devastador del invierno. El día ostenta toda la galanura de las ( El Sr. Octavio Moscoso en sus estimables "Apuntes Biográficos de los Protomártires de la guerra de la Independencia del Alto Perú (hoy Bolivia)." Dice: que "Juan, conocido con "el nombre de Huallparrimachi, que eligió por "cariño en memoria de uno de sus antepasados, "pertenecía por su madre á la extirpe de los Incas, y á la de los reyes de España por su padre. "El célebre caudillo D. Manuel Asencio Padilla), últimas sonrisas del otoño. La brisa, tibia como una caricia, mece suavemente el espeso follaje del corpulento ceiba, bajo cuya sombra detienen sus pasos un apuesto mancebo de tostado rostro, de negros é inteligentes ojos y de esbeltas formas, y una arrogante mujer, cuyo severo perfil romano y mirada profunda y avasalladora, imponen la admiración y el respeto. El vestido negro que la cubre, realza la majestad de su tez, dorada por nuestro esplendoroso sol tropical.

La hermosa mujer decía al mancebo.

—Ya ves que la comision de ("tomó á su cargo la suerte de Juan, cuyos dotes "físicos y morales, le grangeaban la simpatía "general. Poseía un talento sobresaliente y un "corazon tan tiernamente apasionado, que todas "sus poesias, escritas en el idioma de sus abuelos", respiran una dulce melancolía y en veces "un dolor tan intenso, que desgarran el alma."

Según el autor á que nos referimos. Huallparrimachi murió en el hecho de armas del 2 de agosto de 1816; nosotros nos permitimos hacerlo figurar algunos meses despues, contando con que nuestros lectores nos perdonen este inofensivo anacronismo). que te encargo, valia la pena de que hubiese venido personalmente en busca tuya.

—Te lo repito, Juana: yo habria acudido al Villar en el acto de recibir tu aviso.

—¿Podia contar con tu exactitud conociendo la sensibilidad de tu corazon y los encantos de la preciosa hija de Ronsardes?

La frente del jóven se tiño de un vivo encarnado; pero su interlocutora, suavizando el sonoro timbre de su voz, prosiguió, sin darle tiempo para replicar.

—No te lo reprocho, Juan; pero, no olvides que Blanca es hija del mejor amigo, del más cruel y activo cómplice de Aguilera.

—¡Oh!, dijo vivamente el jóven, si lo fue en hora menguada para él, la severa leccion que ha recibido de los nuestros, lo volverá á la buena causa á que pertenecié ántes.

Juana sacudió con aire de duda, su noble y altiva frente.

—Por otra parte, repuso el mancebo, la gratitud que te debe será la valla que lo contenga. Podrá olvidar que gracia á tu oportuna intervencion, salvaron sus propiedades del furor de nuestras tropas

—¡Niño!, replicó Juana tristemente; ¡cuán errado vas en juzgar por tu excelente corazón el de los otros hombres!

—No me explico tus prevenciones contra Ronsardes, ante la generosidad de tus actos en su favor.

—¿Olvidas que, en algun tiempo, se llamó amigo de mi esposo? Yo lo recordé en el momento en que pude serle útil... Mi intervencion, por lo demás, me redujo á impedir el incendio de su casa tú acababas de salvar su vida y la de su hija.

—Pero, bajo tu poderosa proteccion, pudo ganar este seguro tranquilo refugio, hermana mía.

—Lo eligió don Remigio, mientras calmare la animosidad que ha concitado contra él entre sus vecinos de Tarbita; y yo te encomendé que lo condujese é instalasen para coronar con ese nuevo servicio el muy importante que acababas de prestarle.

—¿Quieres ver á tus protegidos? La casa que ocupan no está muy léjos.

—¡Ya me guardaría de hacerlo! La perspicacia de Ronsardes sospecharia de mi repentina llegada. Tengo presente la reserva y prudencia que necesitamos, por de pronto alomenos, para le éxito de nuestra empresa. El Capitan Cueto me espera con los caballos ensillados, para volver al Villar: allí aguardaré las noticias que puedas enviarme.

—Y yo no esperaré el amanecer para ponerme en marcha; la luz de la luna me servirá de guía. Iré á pié para mayor comodidad: sabes que soy un andador infatigable; y si son ciertos los avisos que tienes, me prometo encontrar á La Madrid ántes de su llegada Chuquisaca.

—Aunque estuviese ya en los suburbios de la ciudad, es indispensable que desista de su insensato proyecto de tomar esa plaza. Tu inteligencia, tu entusiasmo por la santa causa que defendemos, tu belleza, en fin que subyuga á cuantos te rodean, ha decidido mi eleccion en tu favor: La Madrid no podrá resistirle, hijo mio; y por tu parte, recuerda la porfiada lucha que he tenido que sostener con Fernandez, Cueto y Ravelo par que acepten y se sometan á mi proyecto, eso aumentará tu entusiasmo y doblará tu elocuencia.

—¿Dudas que haré todo lo que sea dado hacer para decidir á La Madrid?...

—No, no lo dudo, le interrumpió Juana Y por lo que toca á La Madrid ¿será tan insensato que rechazase las fuerzas, los recursos y la gloria que le ofrecemos? El compromiso que le llevas firmado por mí y por los otros Jefes, le probará la buena fe de nuestras proposiciones y el sincero deseo de colocarlo á la cabeza de nuestras divididas tropas. Su presencia hará cesar las rivalidades que existen, por desgracia, entre nuestros caudillos, y levantará el decaido espíritu de los patriotas; así unidos, terminaremos de una vez con las salvajes depredaciones de Aguilera, y dueños de estas espléndidas regiones, con fuerzas y recursos suficientes, podremos pensar, con la seguridad del triunfo, en adueñarnos de las importantes plazas de Potosí y Chuquisaca.

—Y vengar dignamente á tu esposo, á mi querido protector, al ilustre Padilla, exclamó con generoso ardimiento el jóven.

—¿Vengarlo?, contestó la heroica viuda del mártir. ¡No!: la venganza es una pasion ruin y baja; que el móvil de nuestras acciones sea solo el amor á este hermoso suelo, para poderlo ofrecer algun dia libre y feliz á nuestros hijos. ¡Dichosos los que, siguiendo el noble ejemplo de mi esposo, riegan con su sangre generosa este suelo bendito, en demanda de libertad y gloria.

Y los azules y avasalladores ojos de la heroína, se humedecieron á impulsos de su santo entusiasmo.

—Ten admiro y te venero, hermana mía, murmuró el mancebo profundamente conmovido.

Despues de un breve instante de silencio, repuso Juana con el acento irresistible con que señalaba el camino de la victoria ó el de la muerte, á miles de hombres que la seguían electrizados.

—Marcha, pues, á cumplir con resolucion y entera fe, la importante mision de que te encargo, y procura que el éxito corresponde á mi confianza.

—Te juro no volver sin La Madrid, dijo el jóven.

—Gracias, hijo mío. Me dice el corazón que cumplirás tu juramento.

Y extendiéndole los brazos, añadió con maternal ternura.

—Abrázame, Juan y digámonos hasta muy pronto. Dios te proteja, hijo mío, y te bendiga como te bendigo yo, con toda mi alma.

Huallparrimachi recibió con filial respeto, aquella cariñosa demostración; y Juana Asurdui de Padilla (Hablando del célebre caudillo patriota Don Manuel Asencio Padilla, dice el General Mitre, en su "Historia de Belgrano": "Acompañábale "en sus correrías su esposa Doña Juana Asurdui, "que llegó a hacerse tan célebre como su "marido por su valor, sus hazañas y por su ascendiente sobre los naturales Esta heroína "nacida en Chuquisaca en 1781, educada en un "convento, casada con Padilla á los 24 años, "de gallarda presencia, rostro hermoso y tan "valiente como virtuosa, contaba en aquella "época (1816), 35 años de edad."

El Sr. D. Mariano Guzman en su "Historia de Bolivia" se expresa así: "Doña Juana Asurdui, esposa del ilustre Padilla, que se había "batido á la par de los soldados (*combate del " Villar en que Aguilera mató á Padilla 14 de "septiembre de 1816*), vencida por el destino pero "no acobardada, se retiró del campo de batalla, "dejando correr indolente la sangre que vertían "las dos heridas con que salió de la refriega." "La victoria del Villar disputada con tanto "encarnizamiento, no fue de trascendencia, á "pesar de la pérdida del gran guerrillero "Padilla que, apénas cayó, fue inmediatamente "reemplazado por otros, que lo fueron: Don "Jacinto Cueto, D. Agustín Ravelo y D. Estévan "Fernandez, los cuales, de acuerdo con la viuda "de Padilla, no concedían reposo á los realistas." , cuyo nombre basta para inmortalizar su patria, se alejó de aquel sitio con el paso tranquilo y lleno de dignidad que la caracterizaba.

El diálogo anterior tuvo lugar, como lo dijimos, al pié de un soberbio ceiba que se alzaba solitario á orillas del rápido y abundoso riachuelo de Orkas, en las cercanías del modesto pueblo de Sopachui, cuyo nombre debía figurar en breve en la heroica lucha de nuestra Independencia.

## II.

### Blanca.

Cuando Juan hubo perdido de vista á su ilustre interlocutora, re envolvió en el finísimo poncho de vicuña que abrigaba y dibujaba al mismo tiempo, sus esbeltas formas, y tornó con paso rápido la senda que orillaba el río, abierta entre el dorado pasto de los campos, matizado aun con las últimas flores de la estación.

Después de veinte minutos de marcha, llegó á la vista de una cabaña colocada ventajosamente en la falda de una colina. Un hermoso tarco, que lucía entre su verde follaje una que otra de sus moradas y fragantes flores, le prestaba deliciosa sombra Juana se detuvo al apercibir en el pequeño corredor de aquella humilde casa el blanco vestido de una mujer, absorta en el contemplación del eterno verdor de los bosques, que parecen empeñados en cubrir, con incansable solicitud, las profundas quebras de aquellas elevadas montañas. El jóven avanzó sin ruido.

—¡Blanca!, murmuró dulcemente.

La rubia y delicada niña de volvió con un ligero estremecimiento

—¡Juan!, exclamó, brillando en sus azules ojos un rayo de alegría. Casi he tenido miedo... No te esperaba aun.

El mancebo estrechó contra su agitado corazón las pequeñas manos que se le abandonaban.

—He anticipado la hora, amada mía, contestó con acento bajo y apasionado, porque necesito conocer hoy mismo la voluntad de tu padre sobre mi destino.

—No te comprendo, murmuró Blanca, palideciendo.

—¿No sufres como yo con la incertidumbre de nuestra situación?  
¿Podemos permanecer por más tiempo disimulando este amor que nos abrasa el alma?

—¿Disimulado? ¡Oh! no: á mi me hubiera sido imposible... Estoy cierta de que mi padre lo ha comprendido, y jamás me ha dado á entender que lo desaprobase.

—¿Y su silencio basta para satisfacer, amada mía? ¿No has olvidado lo ceremonioso y reservado que se muestra conmigo?

—La amistad no brota como el amor, Juan del cambio de una sólo mirada... ¡Hace tan poco tiempo que mi padre te conoce! ¿por qué no esperar á que te conozca mejor y te estime como lo mereces?

—¡Esperar aun!, dijo Juan tristemente. ¿Podemos contar con el tiempo, por ventura? ¿No sería posible que, de un instante al otro, resolviese tu padre su regreso? ¿qué pretexto habria ya que disculpase mi permanencia cerca de UU?

—Es verdad, murmuró Blanca con angustia.

—¿Comprende ahora mi resolución de hablar hoy mismo á D. Remigio?

—No lo hagas en este momento, repuso vivamente la jóven.

—Y ¿porqué, Blanca mía?

—Si te lo digo, vas á burlarte de mis aprensiones, Juan.

—Nó: te lo juro. Nuestra situación es tal, que no debemos desdeñar el más pequeño incidente.

—Escucha, pues, dijo la jóven en voz baja y precipitada. Hace más de una hora que mi padre se ha encerrado en su habitación con aquel hombre de que te he hablado alguna vez.

—Y que te inspira temor, medrocilla.

—¡Si tú lo conocieses, Juan!...

Un día llegó en compañía de mi padre, nunca ha sabido de donde... Taciturno y sombrío, lo seguía desde entonces como su sombra... Se quedó en Tarbita cuando nos vimos obligados á venir aquí...

De eso, ¿lo recuerdas?, hace un mes...

—¿Puedo olvidarlo, Blanca?... ¡He sido tan dichoso durante este corto tiempo!

—Esta es la tercera vez que busca á mi padre aquí... Debe ser portador de malas nuevas, te lo aseguro, Juan, porque mi padre queda preocupado y displicente despues de sus entrevistas con ese hombre.

—Sea de ello lo que fuere, ¿cómo podrian influir esos asuntos sobre la resolución de tu padre respecto á nuestra suerte?

—Deja que pase la pernicioso influencia de ese hombre. Mi padre no tardará en calmarse, y mañana... murmuró la niña, ruborizándose vivamente.

—¡Mañana será tarde!, interrumpió Juan con tristeza. Mañana estaré lejos de ti.

Blanca lanzó un grito.

—¡Abandonarme!, exclamó, á punto de desfallecer.

Al grito de la jóven, se entreabrió la puerta del cuarto situado á uno de los extremos del corredor, y asomó por ella la cabeza de un hombre.

—¿Qué sucede, Blanca?, preguntó sobresaltado.

—Juan habla de abandonarnos, padre mío, contestó la jóven, sin disimular su desconsuelo.

D. Remigio salió vivamente al corredor, cerrando previamente la puerta.

—¡Abandonarnos!, exclamó, clavando en el mancebo una mirada que hacia parecer siniestra el color indeciso y claro de sus pupilas. ¿Desde cuando lo proyecta U., D. Juan? Ayer no nos dijo U. una palabra al respecto.

—Es verdad, contestó el jóven con visible embarazo, pues la sobra misma del disimulo, repugnaba á su leal naturaleza. Pero juzgo que mi presencia aquí se hace ya innecesaria.

—Comprendo el deseo de U. de volver al lado de Doña Juana, repuso Ronsardes.

Juan se contentó con hacer un ligero movimiento de cabeza.

—¿Y se marcha U. muy pronto?, insistió D. Remigio.

A esta pregunta neta y directa, dijo resueltamente el mancebo.

—¿Querría U. concederme un momento de entrevista, Sr. Ronsardes?

—De mil amores; y si desea U. hablarme á solas...

—Al contrario: ruego á U. que la Señorita Blanca nos honre con su presencia.

Un relámpago de sombrío contento, alumbró las claras y frias pupilas de D. Remigio; mientras sus delgados y descoloridos labios sonreían bondadosamente al señalar á Juan que pasase á la habitacion que servía de sala y de comedor en la modesta cabaña. Indicó al jóven una silla, y él y Blanca tomaron asiento en un tosco banco.

—Me tiene U. á su disposicion, dijo el mancebo.

Juan profundamente emocionado y con voz trémula y baja contestó.

—Gracias por su condescendencia, Sr. Ronsardes; crea U. que al solicitarle esta entrevista, no he olvidado que nuestras relaciones son de época muy reciente.

—Hay relaciones de relaciones, mi jóven amigo, repuso D. Remigio con alentadora amabilidad. La que me liga con U. tiene profundas raices en mi gratitud; porque á mi vez me precio de tener buena memoria, y los señalados servicios...

—¡Oh!, interrumpió vivamente Juan, no los recuerde U., caballero, en este momento sobre todo, en que yo vengo á pedirle de rodillas la felicidad de mi vida...Quiero deberla tan sólo á la bondad de su corazon, nó como un premio... Amo á la hija de U, la amo desde el primer instante en que tuve la dicha de conocerla... y de este mi profundo amor, jamas he hecho un misterio, como no lo hago de las sangre que corre por mis venas.

—Sangre real, sangre de los legítimos soberanos de este dilatado Imperio, dijo gravemente Ronsardes.

Blanca se estremeció. La ironía que, en boca de su padre, encerraba esas palabras, oprimió el corazón de la delicada niña, mientras el mancebo, presa de sus apasionados sentimientos, prosiguió con vehemencia.

—U. ha podido, pues, leer en mi corazón como en un libro abierto y la tácita aprobación que ha dado á mi amor, me alienta á declarárselo oficialmente.

Y poniéndose de pié en actitud respetuosa.

—Sr. Ronsardes, dijo: tengo el honor de pedir á U. la mano de su hija, la Señorita Blanca.

Dn. Remigio comprimió con fuerza sus delgados labios, y con una mirada de odio implacable, bañó la varonil é inclinada cabeza de Juan; pero todo esto con tal rapidez, que ni Blanca pudo notarlo.

—¡Petición bien extraña, contestó con pausado acento, cuando acaba U. de notificarnos su ausencia!

—Pero es por eso mismo, repuso Juan con vehemencia, que quiero obtener la promesa de mi dicha.

—¡Y ligar imprudentemente el destino de mi hija al suyo, en el momento en que quizá compromete U. su vida en una arriesgada empresa?, objetó Ronsardes, clavando sus acerados pupilas en el franco y expresivo rostro del mancebo.

—Esa suposición carece de fundamento, replicó Juan, con un ligera vacilación que no escapó á D. Remigio.

—Quiero creerlo, respetando el secreto de que rodea U. el objeto de su marcha; pero, á mi vez, me asiste el derecho de exigir á U. su palabra de honor de que ese imprevisto viaje no obedece á ningún plan que pueda comprometer su libertad ni su vida.

Juan vaciló de nuevo, presa de una dolorosa agitación. Su naturaleza franca y leal se revelaba abiertamente ante la idea de apelar á un subterfugio para adormecer la confianza del padre de su amada, y arrancarle así un compromiso del que, sin embargo, dependía toda su felicidad.

—Esa promesa sería insensata, dijo por fin con resolución. ¿Quién puede responder, en los momentos actuales, ni de su independencia ni de su vida.

—¿Lo ve U?, contestó Ronsardes, encogiéndose friamente de hombros. A pesar de todo, no quiero sentar plaza ni de ingrato ni de precipitado. Concédame U. unas horas, sólo unas horas de reflexión, y mañana...

—¡Imposible!, exclamó Juan impetuosamente. Ahora ó nunca.

—¡Ah!, dijo secamente Ronsardes; si llevamos tan serio asunto á paso de carga, comprenda U. D. Juan que mi deberes de padre no permiten que comprometa así, á la ligera, el porvenir de mi hija. Supongo que hemos terminado tan enojosa y estéril entrevista.

Y D. Remigio se puso de pié con inflexible resolución.

La pobre Blanca en silencio el modo cómo se disponía de su corazón y de su porvenir sin tener en cuenta para nada su voluntad; pero las últimas palabras de su padre la estremecieron, sacándola

de su sumisa é inerte obediencia. Se incorporó vivamente, y extendiendo á Juan sus pequeñas manos, le dijo con firmeza.

—Sabes que eres mi primer amor, y ahora te juro que seras el último.

—¡Insensata!, gritó Ronsardes, lanzándose á ella para imponerle silencio.

—Te amo, Juan... ¡Adios!, murmuró Blanca desvanecida sobre su asiento.

—¡Ea!, concluyamos de una vez esta escena ridícula, exclamó fuera de sí D. Remigio. ¿No oye U. que se le despide?

Juan, sin escucharlo, se habia arrodillado á los piés de Blanca, y llevando á sus labio la orla de su vestido, murmuró con infinito amor.

—Yo no te digo ¡adios!... Tengo tu promesa y volveré á reclamarla.

Y sin dirigir ya una mirada á Ronsardes, se lanzó fuera de la habitacion.

### III.

#### El expía.

Cuando las indecisas sombras de la noche empezaban á luchar con la última claridad del día, D. Remigio salió sin ruido del cuarto de Blanca que recostada sobre su lecho, gozaba de un sueño reparador, despues de la larga crisis que habia seguido á su desmayo.

En uno de los extremos del corredor, en la puerta de la habitacion de Ronsardes, se hallaba agazapado un indio, con la cabeza sepultada entre sus rodillas y completamente inmóvil.

—Leoncio, llamó en voz baja D. Remigio.

—Te esperaba, contestó el interpelado en su expresivo idioma.

—Entra, repuso Ronsardes abriendo la puerta del cuarto: tenemos que tratar de un asunto muy sério.

Una vez en la habitacion, cerró cuidadosamente la puerta D. Remigio, y encendió la vela que se hallaba sobre una mesa. La luz dio de llenó en el rostro grave y frío de Leoncio.

—Las noticias que me has traido hoy no pueden ser mejores, dijo Ronsardes sin alzar la voz. Así, pues, los nuestros están prevenidos y sólo esperan una ocasión para lanzarse y acabar con los malditos rebeldes. Esa ocasión, Leoncio, es la que necesitamos buscar, y creo que no tardaremos en encontrarla.

—Te escucho, contestó lacónicamente el indio.

—Cuando me avisaste que, á tu paso por Sopachui, habias visto con Cueto á la endemoniada viuda de Padilla, no pude calcular el motivo que la hubiese sacado de su guarida del Villar; ahora lo sé Leoncio. Ha venido en busca del hijo adoptivo de su esposo para encargarle la ejecucion de algun plan importante.

—¿Aquí?



—No: D. Juan se pone en marcha.

—¿Dónde, pues?

—Eso es lo que tú tienes que averiguar, siguiéndolo sin perderle paso. ¿Te conoce?

—No, no lo creo.

—De todos modos, debe ignorar sin duda que militas desde hace poco tiempo en la sagrada causa del Rey: te será fácil ganar su confianza.

Leoncio miró fijamente á D. Remigio.

—¿Tentar contra la vida de Huallparrimachi?, le dijo. ¡Desgraciado del que lo intente!

—¿Quién habla de amenazar su vida?, repuso Ronsardes con impaciencia; al contrario, necesitamos que viva D. Juan, porque si muriese ¿cómo podríamos saber los planes de los insurgentes?

—¿Debo marchar en el ácto?, preguntó el indio.

—Sí: en cuanto concluyamos, porque temo que D. Juan se ponga en marcha la amanecer.

—¿Qué esperas, pués?

—Saber de qué medio te valdrás para darme avisos, si es que tú no puedes venir personalmente.

—En todas direcciones hay hermanos que, como yo, tienen que vengar ultrajes; ellos se prestarán á traerte esos avisos.

—¿Y cómo reconoceré á los mensajeros?

—Los que yo te envíe, te dirán una palabra.

—¿Cuál?

—¡Ricchariy! (¡Despierta!)

—Bien. Toma esta bolsa que contiene cincuenta pesos fuertes; si te parece poco, dímelo.

D. Remigio sacó del cajon de la mesa una carta que alcanzó al indio diciéndole.

—Guarda cuidadosamente este papel: lo escribí esta tarde. Es una recomendación a favor tuyo para que lo realistas puedan fiarse ti y prestarle su apoyo, en caso necesario.

Leoncio lo colocó en su seno.

—¿Te queda algo más que prevenirme?, preguntó á Ronsardes.

—Sí. Advierte á tus mensajeros que no me busquen aquí en casa: la prudencia no daña nunca. La hondonada que te mostré hoy, será el lugar en que los espere.

—Descuida: se cumplirá tu deseo. Estoy despachado, ¿no es verdad?

D. Remigio, sin contestar de pronto clavó el Leoncio su mirada fría y dura como una punta de acero.

—Confío, le dijo, en que no se ha enfriado en tu corazón el santo y legítimo deseo de venganza que ahora tres meses lo abrasaba, cuando te encontré sólo, desesperado y miserable, sobre las humeantes ruinas de tu cabaña, entre cuyos escombros habías encontrado el cadáver de tu esposa.

—¿Porqué me los recuerdas ahora?, murmuró el indio con voz sorda y estremeciéndose violentamente.

—Entonces podía yo favorecerte, prosiguió Ronsardes con implacable clama, y no vacilé en ponerte bajo mi protección, olvidando que acababas de servir de emisario á los enemigos del Rey nuestro amo...

—Dí de tuyo, del amo de los blancos, interrumpió Leoncio con violencia.

—Amigo del leal y valiente Aguilera, continuó D. Remigio siguiendo el curso de sus pensamientos y sin prestar atención á las palabras del indio, era yo fuerte y poderoso con su protección. No podía sospechar que había de llegar día en que me hiciesen víctima de su feroz encono los enemigos de toda autoridad, de toda ley. ¡Oh! yo haré que paguen muy caro los infortunios que me han causado.

—¿Tus infortunios?, dijo Leoncio con desprecio ¡La miserable pérdida de un año de tus cosechas!... Y yo... yo que confiado en la promesa de los que llamaba míos, marché en su servicio, dejando confiadas á su vigilancia, hogar, esposa, hija...

Un ronco sollozo ahogó su última frase.

—¡Pobre desventurado!, dijo Ronsardes con tono de profunda conmiseración. Así te encontré sobre esa solitaria ruta, postrado por la desesperación. Te dí fuerzas, mostrándote que quedaba libre el camino de la venganza.

—Sí, repuso Leoncio con sombría amargura; tú fuiste el primer ser humano que se presentó á mi vista en esas regiones desoladas por las pasiones de los hombres; me hiciste concebir la esperanza de que podría rescatar á mi hija de manos de sus raptores, vengarla y vengar la muerte de mi esposa y no dudé en abandonarlo todo desde aquel momento, y seguirte y obedecerte con la sumisión del esclavo y la lealtad del perro.

—No tengo sino motivos de elogio para ti, mi buen Leoncio, y tus servicios serán debidamente conocidos y recompensados por el Rey nuestro Señor.

Leoncio guardó desdeñoso silencio, mientras la incisiva mirada de D. Remigio, estudiaba ansiosamente sus impresiones. Pasándose la mano por su pálida frente, exclamó el indio, con reconcentrada cólera.

—¿Qué ha podido moverte para atormentarme así, renovándome el recuerdo de mis desgracias?

Una sonrisa de satisfacción cruel, contrajo los pálidos labios de Ronsardes.

—Voy á explicarme, contestó, y lo comprenderás. En circunstancias en que vamos á necesitar de todo nuestro valor, de toda nuestra energía, ¿no es prudente remover el puñal que nos lastima el corazón, para que ese nuevo dolor aguijonee el odio y ahogue la voz de la misericordia? Vas á pasar por una dura prueba entrando quizá en relaciones con los que ántes llamabas tuyos, y de todos modos, tu ciego cariño por Huallparrimachi...

—No mezcles su nombre en nuestros proyectos de sangre, interrumpió sombríamente Leoncio.

—Hemos terminado, pues, repuso D. Remigio y no te detengo. ¡El Cielo vele por la sagrada causa del Rey, y de feliz término o á la empresa que te confío!

—¡*Ricchariy!* , dijo Leoncio, y dejó sólo á D. Remigio.

#### IV.

##### Padre é hija.

Ronsardes se dirigió en seguida á la habitacion de Blanca, y con un signo imperioso despidió á la mujer que la acompañaba.

La jóven habia abandonado su lecho, y sentada, con los codos apoyados sobre una mesa y su rostro oculto entre sus pequeñas manos, sintió un doloroso estremecimiento á la aproximacion de su padre.

—¿Porqué estas aun en pié?, le dijo éste.

—Esperaba á U., padre mío, contestó Blanca, alzando su rubia y encantadora cabeza.

—¿Me esperabas?... Y ¿con qué objeto?

—Necesito hablar con U., balbuceó la jóven.

—¿Qué tienes, pues, que decirme?, preguntó D. Remigio, sentándose frente á su hija.

Blanca lo miró con sorpresa.

—¿Ha podido U. olvidar la escena de hoy?, dijo confusa y ruborizada.

—¡Ah! ¿piensas todavía en las ridículas pretenciones del Inca?, contestó sardónicamente D. Remigio: yo las tenia olvidadas.

—Pero, esas pretenciones no podrian ocultársele á U., padre mío, y su condescendencia las autorizaba. ¿Es culpa nuestra si interpretamos favorablemente su silencio?

—Qué sabes tú, criatura? ¿Puede tu ignorancia y tu inexperiencia comprender el alcance de las acciones humanas? Si he soportado ¿lo entiendes?, nada más que soportado el atrevido amor del indio, es porque así convenía á mi situacion y á mis proyectos. Convenia retenerlo á nuestro lado como la mejor prueba de la amistad y la proteccion de Doña Juana, para que, en adelante me dejasen vivir tranquilo los malditos rebeldes; y convenia, prosiguió Ronsardes con acento de implacable encono, que uno de ellos, uno de los más populares, el niño mimado de la más activa y poderosa enemiga de nuestra causa, recibiese de mi venganza un golpe de muerte en el corazón.

—¡Padre!, exclamó Blanca, trastornada ante estas brutales declaraciones, ese golpe lo ha recibido el mío... la herida durará mientras yo viva.

—¡Nécia! Dijo Ronsardes con desdén. Cuando sólo se cuentan 18 años, no hay sentimiento eterno.

—El juramento que hice á Juan, da fe de mi constancia, repuso Blanca con firmeza, y lo cumpliré.

D. Remigio miró á su hija sorprendido de hallar, en aquella criatura, resistencia á su voluntad absoluta; pero, dominando la cólera contestó á la jóven con una calma más vengadora que el estallido de la indignacion.

—Escúchame, Blanca. Quiero por esta vez, que será la primera y última de mi vida, abdicar de mi dignidad y de mis derechos de padre, entrando en explicaciones contigo, que debes absoluta y ciega obediencia á mis órdenes. Ten entendido que mi indisculpable condescendencia, significa para ti el completo olvido de ese amor que te envilece ante ti misma y te llegaría á hacer odiosa á mis ojos. No quiero ¿lo entiendes, Blanca?, no quiero que mi sangre española se mezcle con la degradada sangre de un esclavo; no quiero que la mano de mi hija sea el premio un rebelde maldecido; no quiero, en fin, que tu corazón pertenezca al que defiende la causa de los que me han obligado a huir de mi casa, á abandonar el cuidado de mis intereses y á buscar este miserable asilo, como una fiera perseguida y acosada por los perros: nó, mil veces nó: ántes preferiría verte sepultada al lado de tu madre.

—¡Oh!, dijo la rubia niña, dejando correr las lágrimas que llenaban sus ojos desde el principio de esta violenta entrevista, si ella hubiese vivido, ¡cuán distinta habría sido nuestra suerte! ¡Noble y bondadosa madre mía! ¡con qué dulce empeño borraba los resentimientos nacido al calor de las pasiones de partido! Su benéfica influencia era bastante poderosa para rodear á U. del respeto de todos y calmar los arrebatos á que, por desgracia, era arrastrado U., padre mío, en esa ardiente lucha política. Ella habría mantenido á U. en las heroicas filas patriotas, y no hubiera llegado la ocasión de oír acusar á U, como yo le he oído, padre mío, de amigo de Aguilera y... ¡cómplice de sus crueldades! ¡Ah!, padre mío, padre mío, exclamó Blanca, juntando las manos y elevando sus azules ojos hácia D. Remigio, con una mirada de conmovedora súplica, los errores son mútuos y todos necesitamos de tolerancia y de clemencia.

Ronsardes con los ojos dilatados, los labios entreabiertos y el cuello estendido, parecía que escuchaba sin poder comprender las palabras de la jóven. El estupor embargó por un momento el libre deshaogo de su sorda indignación, pero la explosion llegó violenta y terrible. De pié ante la aterrada niña, lívido y convulso, murmuró sordamente.

—¡ Ella acusando á su padre!... ¡dando la razon á mis enemigos!... defendiendo á mis verdugos... simpatizando con ellos!...

Y estendiendo un brazo sobre la cabeza de Blanca.

—Hija desnaturalizada, exclamó con voz silvante, yo te mal...

—¡Perdón!, gritó Blanca, cayendo de rodillas y abrazándose de Ronsardes, loca de terror.

—¡Basta!, dijo, desprendiéndose brutalmente de los brazos de la jóven y recobrando su fría é inflexible calma. Duerme en paz: yo velo por ti. En adelante, toca á tu sumision, á tu ciega obediencia borrar las graves faltas que acabas de cometer contra el Cielo y contra tu padre.

Blanca vió alejarse á D. Remigio, pero no tuvo fuerzas para abandonar la humilde postura en que la dejaba, ni vencer la profunda postración física y moral que la oprimía.

—¡Oh!, murmuró con un desaliento infinito, siento que nunca podré arrancar este amor que tan hondas raices ha echado en mi alma... Hija sumisa, no desobedeceré á mi padre... no seré de Juan, pero jamás me llamaré esposa de otro hombre.

V.

### En ruta.

De los varios caminos que de Sopachui conducen á Chuquisaca, todos tienen la misma monotonía abrumadora: altas, desnudas y escarpadas montañas, profundas, estériles y pedregosas quebradas

que atravesar, haciéndose más sensible á cada momento, la rarefacción del aire y el frío de las regiones que se atraviesan, despues de abandonar el suave y benigno clima de Sopachui.

Juan conocía perfectamente los menores repliegues de la ruta que habia elegido para su marcha; y como no ignoraba que una fuerte division realista ocupaba Tarabuco, pueblo donde converjen los caminos que vienen de la frontera, no se vió absolutamente embarazado en toma senderos extraviados, evitando de este modo el encuentro de alguna de las partidas destacadas, en observacion, sobre las rutas principales. Habria preferido, como lo dijimos, marchar á pié, lo que le permitía salvar con facilidad los desfiladeros más estrechos y los barrancos más peligrosos.

Avanzaba la tarde del segundo dia, de su salida de Sopachui; el viento de esas elevadas regiones soplabá con violencia y el frío dejaba sentir toda su intensidad, sin que, al parecer, lo notase el preocupado mancebo. Verdad es que en aquel momento, tenia olvidado el peligro de su situacion y hasta el objeto de su importante empeño: el recuerdo de su última entrevista con Blanca, ocupaba por completo su imaginacion. Deteníase con frecuencia para confiar al libro de memorias que tenia en la mano, las sentidas inspiraciones de su alma adolorida; y así de pié, sobre el elevado sendero de la montaña, combatido por las violentas ráfagas del viento que desordenaban su negra y sedosa cabellera, aparecia hermoso, fuerte y esvelto como el poderoso genio de aquellas soledades.

Un agudo silvido que oyó á sus espaldas, causó al jóven un vivo estremecimiento; volvió la cabeza y vió á un indio que venia hácia él con toda rapidez.

—Gracias á Dios que te alcanzo á tiempo, exclamó al llegar cerca del mancebo, y respirando con satisfacción.

—¿Es a mí á quien te diriges?, preguntó Juan sorprendido.

—Hace buen rato que corro tras ti.

—¿Me conoces por ventura?

—¿Quién no conoce entre los de mi raza á Huallparrimachi, descendiente de nuestros legítimos Señores?

—Pero, yo no recuerdo haberte visto nunca ántes de ahora.

—He servido bajo las órdenes de Padilla, tu padre adoptivo. Tú no podrias conocer individualmente á todos los soldados.

—Dime el objeto que has tenido para seguirme con tal apuro.

—Anoche me alojé en casa de un pariente, donde tú tambien tomaste unas horas de descanso; al amanecer, seguiste tu camino y yo el mío, que parece, por lo visto, ser el mismo, cuando hace rato descubrí una partida realista, ahí, en el fondo de la quiebra que tú y yo tenemos que atravesar. Comprendí el peligro que corrias y he querido advertírtelo.

Juan miró con fijeza al indio.

—¿Puedes mostrarme esos soldados?, le dijo.

—Ven, le contestó simplemente. El mancebo siguió á su conductor, acariciando el cañon de una pistola que llevaba al cinto. No tardaron en ganar uno de los altos pisos de la montaña, y desde allí extendió el indio una mano en la direccion que acababa de indicar. Juan vió distintamente un grupo de hombres apostados sobre el camino que momentos despues hubiera debido atravesar, y el uniforme que vestian, le provó que el viajero no se habia equivocado.

—Acababas de prestarme un servicio importante, le dijo, y sin embargo, no sé ni tu nombre.

—Leoncio, contestó el indio.

—Yo no tengo fortuna para recompensarte como lo mereces, repuso el mancebo, pero estas monedas te demostrarán que no soy ingrato.

Leoncio retrocedió vivamente.

—Nada me debes, le dijo; tú eres sagrado y querido para los nuestros, y todos tenemos el deber de velar por ti. Si lo permites, puedo mostrarte un camino que te ponga á salvo de tus perseguidores.

—Eso no me da ningun cuidado, contestó sonriendo el jóven, y tampoco quiero perjudicarte desviándote del que sigues.

—Yo marchó á Chuquisaca ó á sus cercanias, dijo Leoncio, mirando con atencion á Juan.

—Te deseo buen viaje, amigo mio, y feliz término al asunto ó asuntos que te llevan.

—Sólo me preocupa uno, que ocupa mis dias y mis noches, murmuró Leoncio. Voy á unirme con algun grupo de patriotas que quiera utilizar mis servicios.

—¿Por qué abandonas entonces las filas de los Jefes que están en la frontera?

—La inaccion que guardan, no cuadra á la sed de venganza que me estimula, repuso el indio en voz baja y sombría; quiero buscarla rápida y sangrienta.

—Debes haber sufrido mucho para sentir de ese modo, dijo Juan, interesado ante la expresión de reconcentrada amargura que revelaba el acento del indio.

—Oye mi historia, Huallparrimachi, ella es corta y te explicará el o lio que encierra mi corazón. Yo era porque era dichoso. Mi esposa formaba mi ventura y mi hermosa hija nuestro orgullo y la alegría de la casa. Un día llegó una partida de los nuestros, y el Jefe me dio una comision para un lugar algo distante: yo me ausenté, dejándole confiadas mi casa, mi esposa y mi hija. Volvia satisfecho con el cumplimiento de mi deber, sin inquietarme del silencio y de la soledad que notaba á mi alrededor, preocupado con el ansia de ver á mi mujer y abrazar á mi hija. Llego ... ¡el fuego habia destruido mi humilde casa!...me precipito... llamo á mi esposa... á mi hija... ¡no me responde nadie!...

Leoncio se interrumpió bruscamente: Juan, comprendiendo la intensidad de aquel dolor, no ensayó dirigir al indio palabras de banal consuelo.

—Mis manos buscan con desesperación entre los humeantes escombros, prosiguió Leoncio, sofocando con su poderosa voluntad la emocion que hacia temblar su voz, y encuentran el cuerpo de mi mujer con una herida en la cabeza y atravesado el pecho de un balazo.

—¡Asesinada!, exclamó Juan.

—Mis fuerzas se agotaron y me tendí á su lado. Entónces acertó á pasar por allí y hombre, que yo temía y odiaba por los hechos que de él se referían... Se compadeció de mis desgracias, me ayudó á sepultar allí mismo á mi esposa, me hizo desear la vida para emplearla en la venganza, dándome le seguridad de que recobraría á mi hija de manos de sus raptos.

—¿Sabes, pues, quiénes causaron tu infortunio?, preguntó con interés el mancebo.

—Aquellos que codiciaron la belleza de mi hija, como me lo aseguró que supo compadecerlos, alentarme y ofrecerme protección y refugio.

—Nuestros enemigos, en fin, dijo Juan.

—Conoces mi pasado, mis sentimientos y mis esperanzas, prosiguió Leoncio, sin responder directamente al joven ¿me aceptarás por compañero? ¿Qué me importa el camino que tú elijas si por cualquier ruta llegó al término de mis deseos? Cuando mi compañía llegue á ser importuna, un gesto tuyo me alejaré de tu lado.

Juan vaciló aun, pero vencido por las sumisa y suplicante actitud del indio, le contestó, tras breve pausa.

—Marchemos juntos hasta mañana; entónces será llegado el caso de que tomemos la resolución que más cuadre á nuestros proyectos.

—No tendrás que arrepentirte de tu condescendencia, Huallparrimachi, exclamó Leoncio con transporte. Yo que conozco á tus enemigos y los tropiezos que pueden oponer á tu paso, sabré evitarte el peligro y te guardaré con el amor de la madre cuando vigila los primero y vacilante pasos de su primogénito.

Los dos viajeros se pusieron en marcha, y nosotros vamos á perderlo momentáneamente de vista para dar una breve idea de la situación de las fuerzas patriotas, comandadas por La Madrid.

## VI

### El Mayor D. Gregorio Araoz de La Madrid

El tercer ejército auxiliar enviado á las provincias del Alto Perú por el Gobierno de Buenos Aires, á las órdenes del General Rondeau, sufrió irreparables desastres en la batalla de Sipe-Sipe ó Viluma, y tuvo que abandonarlas nuevamente á la victoriosa autoridad española; pero Belgrano, que reemplazó á Rondeau, no desistió de aquel noble empeño, y confió al joven Mayor, D. Gregorio Araoz de La Madrid, la misión de volver al territorio alto peruano á la cabeza de un destacamento, para ayudar y alentar los esfuerzos de los patriotas.

La Madrid se había distinguido por su valor y su arrojo, y sus primeras y felices operaciones en la toma de Tarija, confirmaron el acierto que había guiado su elección. Más, su valor temerario y su ardorosa impaciencia reflexiva y la previsora prudencia impuesta á un Jefe, y los reveses que luego sufrió en el valle de Cinti, neutralizaron las ventajas obtenidas con sus primeros triunfos.

Derrotado, pero no escarmentado ni vencido, se halló á la cabeza de seiscientos á setecientos hombres valientes y entusiastas, y concibió el atrevido plan de apoderarse de la plaza de Chuquisaca, noticioso de que el General La Hera, con su división, se hallaba en Tarabuco, ocupado en vigilar á los caudillos patriotas de la frontera.

La noche del 19 de mayo, acampó en el pueblo de Yotala, distante nada más que tres leguas de Chuquisaca, sin que hasta entónces, ningún contratiempo hubiese venido á variar el curso de sus operaciones.

De siete á ocho de la mañana siguiente, dio la orden de marcha, que la tropa recibió con entusiasmo, colmando la confianza que abrigaba el joven Comandante en el buen éxito de su empresa. Púsose á caballo á la cabeza de sus fuerzas, marchando alegremente á su destino. Al aproximarse á la casa de hacienda de Cabezas, se le dio aviso de que una partida de caballería realista se hallaba como de observación en el camino que parte de allí por el alto á Chuquisaca.

—¡Tanto mejor!, exclamó regocijado. Me gusta ver de cerca la cara al enemigo, y hacerle conocer la nuestra. ¡Atencion y en sus puestos, muchachos!

Y se adelantó con sólo su ayudante para estudiar la posición de los realistas. No tardó en descubrirlos en la altura, en actitud de inquieta espera. La Madrid detuvo su caballo y dijo riendo al Oficial.

—¿Sabe U. que se me ocurre una travesura?

—¿Cuál, mi Comandante?

—Hacer creer a aquellos papamoscas que somos el auxilio que esperan de Potosí, según me lo noticiaron al salir de Yotala.

—Lo ensayaremos... Pero, yo no atino con el medio...

—Va U. á verlo, le interrumpió La Madrid.

Y colocando un pañuelo en la punta de su espada, la levantó en alto gritando al mismo tiempo.

—Bajen, que es el auxilio de Potosí (Histórico).

Ante la acción y la voz del Mayor, se destacaron en el acto el Jefe de la partida y su ayudante, seguidos lentamente por el resto de la tropa. La Madrid retrocedió sin precipitación al lado de los suyos y echó pié á tierra.

—Son nuestros, les dijo vivamente, y la victoria no nos costará un solo tiro si se ejecutan puntualmente mis órdenes. ¡Silencio y completa inmovilidad! A la aproximación del enemigo un ¡viva el Rey! Atronador, salvo el darlo al diábulo una vez dueños de la partida.

El éxito coronó la estratagema; y un cuarto después decía La Madrid á su prisionero, el Comandante Eugenio Lopez.

—Consuélese, compañero: estos son los percances de la guerra; pero ni U. ni los suyos tendrán que quejarse del proceder de los patriotas.

Pasado el primer momento del entusiasmo causado por este feliz desenlace, La Madrid se disponía á marchar nuevamente á caballo para seguir su marcha, comenzada bajo tan halagadores auspicios, cuando se le aproximó su ayudante, en compañía de un apuesto mancebo, de moreno rostro y leal é inteligente mirada.

—Aquí tiene U. al Comandante, le dijo el Oficial.

—¿Quién es este hombre?, preguntó La Madrid.

—Asegura que es portador de un mensaje de la mayor importancia.

—Habla, muchacho, y despachate pronto.

—Lo que tengo que decir á U., Comandante, requiere tiempo y clama, contestó el recién llegado.

—Pero, si es un aviso...repuso el joven Mayor, examinando con cierta sorpresa aquella varonil y gallarda figura, llena de distinción y de nobleza.

—No traigo ninguno, Comandante.



—En tal caso, por importante que sea tu mensaje, me lo darás en Chuquisaca.

Y La Madrid puso el pié al estribo para montar á caballo. El mancebo se apoderó de la brida, y dijo al Jefe con respetuosa firmeza.

—Me escuchará U. ahora mismo, Comandante, porque mi mision es impedir la marcha de U. á la ciudad.

El jóven Mayor miró con asombro al que así se atrevia á usar de la violencia para detenerlo; más como él era valiente y temerario, supo estimar esas mismas cualidades en el desconcido.

—¿Cómo te llamas?, le preguntó con altanería.

—Juan, por otro nombre de Huallparrimachi, contestó el Jóven, sosteniendo sin afectacion la mirada imperiosa é irritada del Jefe.

—Juan puede llamarse todo el mundo, y en cuanto al apodo que te das... ¡maldito si entiendo una jota de tu arvesada lengua!... La broma dura demasiado, y he perdido un tiempo precioso... ¡Ea!, te prevengo que si no te retiras, va á atropellarte mi brioso moro.

Juan cruzó las manos sobre el pecho y sin moverse un paso, repuso con tono resuelto y firme.

—¡Caigan, pues, sobre U. las funestas consecuencias de su precipitacion, Comandante La Madrid!

El acento y la actitud del jóven, impusieron de nuevo al Mayor.

Sepamos de una vez quién te envía autorizado para tratar de igual á igual conmigo, exclamó con impaciencia. Y U.; añadió dirijiéndose á su ayudante, que por discrecion se habia alejado algunos pasos, transmita inmediatamente la órden de marcha á la division: yo no tardaré en alcanzarla.

—Esa órden, dijo Juan vivamente, conviene aplazarla hasta que escuche U. las proposiciones que le dirigen, por mi conducto, los caudillos patriotas de la frontera; proposiciones de tal género, que es indudable que varíe U. de resolución al conocerlas.

Pero el impetuoso La Madrid, que muy apénas contenía su fogosa impaciencia, creyendo haber demostrado ya bastante condescendencia á las exigencias del mancebo, gritó colérico á su ayudante, detenido por las palabras y el elocuente ademan del jóven.

—Marche U. ¿Desde cuando se me obliga á repetir una órden? Y ¡buen cuidado con los prisioneros!

Juan no insistió ya, convencido de que se habia agotado el capítulo de las concesiones. La Madrid permaneció silencioso, hasta que vió ponerse en movimiento á la fuerza expedicionaria. Una sonrisa de satisfaccion y de triunfo, reemplazó inmediatamente la expresion de descontento y contrariedad que habia oscurecido hasta entónces su semblante simpático y abierto.

## VII

### Proposiciones.

—Ya me tienes á tu disposicion, muchacho, dijo con el tono ligeramente burlesco que le era peculiar. Procura ser breve, comprendiendo que para mi los instantes son supremos.

—La importancia y gravedad de mis palabras, replicó Juan, merecian que se les escuchase en otro lugar y se les concediese más atencion.

—Si me andas con esas delicadezas, te quedarás con el sermón estudiado: te lo prevengo.

—Sea como U. lo quiere: á mí no me queda la elección.

—Y bien, que dicen los valientes caudillos que te envían?

—Deploran profundamente que el tiempo y los esfuerzos de U., sean consagrados á la imposible empresa de tomar la plaza de Chuquisaca.

—¿Tal la consideran, mi jóven embajador? Y movidos sin duda por un espíritu de cristiana caridad, me aconsejan que rehaga la gloria que me brinda mi buena estrella.

—Hacen más, Comandante: ofrecen á U. fuerzas, recursos y sumision para ejecutar, con la probabilidad del éxito, la misma que U. meditan y otras de mayor consecuencia y valía. Este compromiso, firmado por ellos, es la leal expresión de sus sentimientos y de su abnegado patriotismo.

La Madrid tomó el pliego de manos del jóven y lo recorrió rápidamente.

—¡La ilustre Juana de Asurdui en la cabeza!, exclamó con viva satisfacción, Las proposiciones son tentadoras, lo confieso; pero, si yo las rechazase, empeñado como estoy en llevar adelante mi *imposible empresa* (y recalcó irónicamente esta frase). ¿qué consecuencias me atraeria mi obstinación?

—Las más deplorables para nuestra santa casa, contestó Juan con firmeza, porque la derrota de las fuerzas que U. conduce, desmoralizaría el espíritu de los nuestros, y privándonos de su valioso contingente, daría mayor aliento á los enemigos, inclinando á su favor esa porcion indecisa y fluctuante de nuestras poblaciones.

—Tú te pones siempre en el peor de los casos, muchacho, dijo el jóven Mayor impaciente.

—El más probable y sobre el que debemos basar nuestras deducciones.

—Yo no lo juzgo absolutamente de ese modo. La plaza de Chuquisaca tiene una pequeña guarnicion en la actualidad.

—Pero aguerrida y tras excelentes barricadas.

—¡Tanto se me da de ese puñado de hombres y de esas paredes de tierra!

—La poblacion está armada y acudirá á la primera señal de Vivero,

—¡Bah! ¡Paisanos con fusiles! ...¡Qué farsa!

—Y no puede U. disimularse que La Hera, distante nada más que doce leguas de Chuquisaca, volaría en su socorro.

—Me encontraria dueño de la plaza, llegándome la ocasión de aprovechar de sus recursos.

—¿Ignora U. que Vivero espera el refuerzo que debe llegar de Potosí?

—Esta mañana se me dio ese aviso, contestó riendo La Madrid, y lo utilicé brillantemente. Ya ves que empiezo ganando la partida. ¡Magnífico comienzo!

—Pero una vez unidos las fuerzas de La Hera y de O' Relly...

—Las dejo plantadas, escurriéndome como el agua.

Juan miró al Mayor con asombro. Este prosiguió resueltamente.

—Yo probaré que La Madrid sabe cumplir hasta un imposible, cuando así lo tiene decidido. Sea yo dueño de la plaza de Chuquisaca, aunque no mas que por pocas horas, y nadie me a negará la gloria de la empresa. Entónces será tiempo de ir á rendir mis laureles á los piés de la inmortal Doña Juana Asurdui de Padilla, y tomas, con justo título, el preferente lugar que ella y sus ilustres compañeros me ofrecen.

—De suerte que, el ataque sobre Chuquisaca...

—Se realizará: nadie en el mundo me sacará de mis trece. Vuelve, pues á comunicar ni resolucion y mis propósitos á los que te han enviado; y ten entendido, amigo mio, que has sabido ganar mi admiracion y mis simpatias.

—¡Cúmplase, pues, lo que ha decretado el destino!, dijo el jóven con profunda tristeza. Yo juré no volver sólo... Me quedo á su lado, Comandante.

—¿A participar de mi derrota?, le preguntó burlonamente.

—Yo espero que en ella pueda U. utilizar mis servicios.

—¿Y la respuesta que esperan los caudillos?

—No faltaria un mensajero que lleve tan triste nueva. Mi puesto está, en adelante, donde está el peligro.

—Acepto con entusiasmo tu compañía; sólo que tropezamos con una pequeña dificultad, mi jóven amigo, y es, que mi moro corre con la rapidez del viento, y en medio de tus brillantes cualidades, dudo que goces de ser alado para poder seguirlo.

A pesar de sus serias y dolorosas preocupaciones, Juan sonrió ante esta ocurrencia propia del carácter ligero y festivo del Mayor.

—No pretendo ganar el premio en la carrera, contestó el mancebo; y con la venia de U., Comandante, me ocuparé en buscar el hombre que necesito para comunicar su contestación á los Jefes.

—No te demores demasiado, muchacho.

—Cuenta U. con que llagaré á tiempo para ocupar mi sitio en el combate.

—Decididamente, Juan, exclamó La Madrid estrechando con franca cordialidad las manos del jóven, acabaremos por ser buenos amigos. Voy á esperarte con impaciencia.

Y con un último y cariñoso ademán de despedida, montó á caballo y desapareció con la velocidad del torbellino.

## VIII.

### El mensajero.

Juan permaneció largo rato inmóvil, entregado al desaliento que lo dominaba.

—¡Nada!, murmuró al fin con amargura. ¡No he conseguido nada!... ¡Y mi querida hermana, que puso en mi toda su confianza!... ¡y yo, que me prometía volver al lado mi amada, bastante poderoso para protegerla contra la odiosa tiranía de su padre!... ¡Pobre de mí!... Adverso destino el mío!... Pero aun me resta una esperanza... y ésa nadie puede arrebatármela... La muerte, una muerte gloriosa en el combate, y con ella el término de mis padecimientos.

Se dirigió en seguida á la cabaña que, próxima al sitio de las escenas que acabamos de describir, se hallaba situada sobre una pequeña altura y parecía completamente abandonada. Entró á ella como un antiguo conocido y halló á Leoncio que lo esperaba. La rápida é investigadora mirada del indio, descubrió en el rostro del mancebo las huellas de sus tristes preocupaciones, pero no le hizo ninguna pregunta.

—Mi buen Leoncio, dijo el jóven, verdad es que nuestra relacion data de hace pocas horas, pero las circunstancias en que ha tenido lugar, son inolvidables para mí; y ahora que llega el momento de decirnos adios, siento vivamente todo el valor del servicio y del interés que te debo.

—¿Piensas regresar inmediatamente?, interrogó el indio.

—¡Quien sabe!... Mientras tanto, te llega la vez de realizar el objeto de tu viaje, uniéndote con las fuerzas patriotas que han pasado á Chuquisaca.

—Las manda un gaucho, dijo Leoncio con desprecio, y yo sólo obedezco á los míos.

—Mi prevision se realiza... Nuestra separacion es, pues, inevitable, porque yo sigo á La Madrid.

—¿Y espondrás tu vida en el combate?

—¿Puedes dudarlo?

—Esta bien: yo te acompaño.

—¿Bajo las órdenes del gaucho?, preguntó Juan sonriendo.

—No, porque yo sólo recibiré las tuyas, Huallparrimachi, contestó el indio con orgullo. Seré tu escudo en el peligro y así cumpliré mi deber.

—Hágase según tu deseo, dijo el jóven, vencido por la resolución de su compañero. Permaneceremos juntos hasta que Dios disponga de nuestro destino. Y ahora, mi buen Leoncio, déjame sólo por algunos instantes: no tardaré en salir para continuar nuestra marcha á Chuquisaca.

El indio abandonó la chosa con absoluta sumision que guardaba hácia el mancebo; se alejó rápidamente hasta el borde de una cercana quiebra, y deteniéndose allí, despues de convencerse de la soledad que lo rodeaba, silvó de una manera particular, y quedó en actitud de impaciente espera.

Mientras tanto, Juan escribia las siguientes líneas en una de las hojas en blanco del libro depositario de sus impresiones.

—*He fracasado tristemente en la misión que me confiaste: perdóname... ¡Ciega y lamentablemente vanidad la del hombre! Cree vencer y conquistar él sólo los laureles de la victoria, y los datos que tengo recogidos, confirman tus previsiones...*

*Yo te juré no volver sólo... me quedo, pues, esperando... ¡Dios lo sabe!... quizá uno de esos acontecimientos imprevistos que obligan á enmendar los errores del orgullo; más, si la suerte nos*

*sigue adversa, es preferible morir en el campo de batalla, siguiendo el glorioso ejemplo de tu esposo.*

*Que tu amistad, hermana mía, no falte á tus protegidos de Sopachui: piensa que esta súplica puede ser la última que te dirija desde este triste mundo.*

Falto de medios para cerrar la carta, dobló sencillamente el papel y llamó á una pequeña puerta; por ella se presentó al momento una anciana india.

Madre le dijo Juan con el respeto que entre los indios se guarda á las personas de edad, te debo el reposo de que tanto necesitaba, cuando llegué hace poco rendido por el cansancio y sin imaginar que tú me conocieses. Te encontré sólo, y me dijiste que tu hijo había huido á la aproximación de los soldados: tuviste razón, por que se hallaba conmigo otro hombre; pero ahora...

—Habla, hijo mío interrumpió la anciana: tú eres aquí el dueño.

—Necesito un mensajero seguro para que marche en el acto al Villar, con este papel, que debe entregar sin demora á Doña Juana.

—El mensajero está á tus órdenes, dijo un indio á espaldas de la anciana.

Juan lo miró sin sorpresa. Conocedor del carácter tímido y receloso de los suyos, estaba cierto de que el hijo de que le hablaba la anciana, no debía encontrarse léjos, siguiendo con una ansiedad fácil de comprender, el movimiento de las fuerzas, puesto que ellas fuesen patriotas ó realistas descargaba, sobre el indefenso y desprecia lo indio, el peso de sus arbitrariedades y exacciones. Así es que el jóven se dirigió con la mayor naturalidad al recién llegado.

—¿Conoces el Villar?, le preguntó

—Si.

—¿Y á Da. Juana Asurdui?

—He servido bajo las órdenes de Padilla, contestó orgullosamente el indio, y más de una vez me he vaticado bajo las de su esposa. No es posible que tú recuerdes á los soldados de tu padre adoptivo, Huallparrimachi, pero ninguno de ellos te olvidamos. Esta mañana te vi venir y dije á mi madre que te brindase su choza y te sirviese con el cariño y el respeto que todos te debemos.

—Gracias, amigo mío. Aquí tienes la carta.

Y Juan unió á ella algunas monedas, que el mensajero pasó á su madre.

—No, dijo ésta rehusándolas; llévalas tú, hijo mío, vienen de manos de Huallparrimachi y te protegerán en el peligro.

—¿Dónde te buscaré con la respuesta, preguntó el indio á Juan, guardando con religioso respeto la dádiva del jóven.

—No la espero, porque ignoro lo que será de mí dentro de pocas horas. Sólo importa que pongas toda diligencia en llevar la carta.

—Descuida: marchó en este instante.

Y arrodillándose á los pies de la anciana.

—Bendíceme, madre mía, dijo el indio.

Ella extendió sus dos manos sobre la cabeza de su hijo, y mientras las lágrimas humedecían sus mejillas.

—Cumple lealmente el encargo de nuestro Señor, le dijo con solemne acento, y Dios y la Virgen te protejan.

Púsose de pié el mensajero y se dirigió á la puerta.

—No, no salgas por ésa, exclamó la anciana; puede verte el compañero de Huallparrimachi.

Y le señaló la que, medio oculta en uno de los extremos, habia dado paso á ámbos. El indio desapareció por ella.

—¿Quién es eso hombre que te sigue?, preguntó la anciana al jóven.

—Lo ignoro, madre. Ayer lo ví por primera vez, y me prestó un gran servicio.

—Su rostro es sombrío, su mirada dura y fría como el pedernal de la montaña, repuso la india, sacudiendo gravemente la cabeza. Desconfía de ese hombre. Los viejos no nos engañamos en nuestras predicciones, hijo mío.

—Tu consejo es sábio y está de acuerdo con la prudencia que me imponen las circunstancias: lo seguiré, mi buena madre. Y ahora, bendíceme como acabas de hacerlo con tu hijo; tu bendicion puede atraerme la felicidad que me huye.

Y Juan inclinó con respeto su hermosa cabeza ante la anciana.

—Vástago ilustre de nuestros Señores, dijo ésta con acento grave y lleno de unción; de Cielo vele por ti y guarde tu vida para consuelo de los nuestros.

Cuando Juan salió de la cabaña, vió á Leoncio á cierta distancia, sentado á la sombra de un lozano molle.

—Marchemos, le dijo el jóven.

Y el indio le siguió sumiso y silencioso.

## IX

### Desastre

La Madrid distribuyó convenientemente sus fuerzas, una vez llegado á los suburbios de Chuquisaca, y él á la cabeza de su pequeña artillería compuesta de dos cañones, se situó en la altura dominante de la Recoleta. Allí lo encontró Juan, y fue recibido por el Mayor con muestras de sincero placer.

—Ya sé quién eres, y la consideracion que mereces por tu noble extirpe, dijo al mancebo. Te pido perdones por la descortesía con que te recibí.

—No guardo su recuerdo, Comandante.

—¿Me permites que siga usando del tratamiento familiar y cariñoso que te doy?

—Mucho me mortificaría que U. me tratase de otro modo.

—Gracias, muchacho; y yo no tardaré en probarte de una manera sorprendente, la amistad que has sabido inspirarme... ¿Qué sorpresa tan grata voy á dar al General Belgrano y á otros personajes importantes que piensan como él con la noticia del descubrimiento del Inca que ellos se desviven por hallar!... ¡y yo lo tengo á la mano!

—Mientras tanto, dijo sonriendo el jóven, lo más urgente es que U. coloque en las filas de los primero combatientes á su nuevo soldado.

—Tu puesto estará á mi lado.

—Yo lo quiero en el peligro, Comandante.

—Se cumplirá tu deseo, porque allí donde yo me encuentre allí estará el mayor riesgo.

—¿Qué esperamos pues, para dar el asalto?

—El descanso que necesito la tropa, mi amigo.

—Pero hace dos horas que lo tiene y el dia avanza y la oportunidad con él.

—Lo daremos mañana, pierde cuidado.

—¡Mañana!, exclamó Juan sorprendido, U. se chancea, Comandante... pero, ya creo comprender su plan, ya creo comprender su plan y me parece magnífico. Las sombras de la noche, ocultando el número de nuestras fuerzas y la dirección de nuestros movimientos, serán el mejor auxiliar para la victoria.

—¿Tambien tu opinas, pues, como los demás?, dijo La Madrid con impaciencia.

—¡Ah! ¿los otros piensas como yo? Tanto mejor: eso prueba que yo no me habia equivocado.

—Lo que prueba éso, exclamó colérico el Mayor, es que tú y los demás creen á su Comandante capaz de recurrir al cobarde medio de una sorpresa en las tinieblas para obtener un fácil triunfo: yo lo conseguiré caballerosamente, combatiendo de frente y á la luz del sol.

—Tal resolución...

—Que es irrevocable, interrumpió La Madrid.

—Dará razón á mis tristes pronósticos, concluyó Juan con firmeza.

—Yo haré de modo que te arrepientas de haberlos abrigado, contestó el jóven Mayor con altanería, y despidió al mancebo con una ligera inclinacion de cabeza.

Pero las previsiones de Juan las cumplió el destino. La Madrid se vió obligado á abandonar Chuquisaca, sin haber satisfecho su deseo de ser dueño de la plaza no fuese mas que por pocas horas; pero, aferrado á su proyecto, volvió segunda vez á poner sitio á la ciudad, lleno de confianza, pues contaba con un numeroso auxilio de indios y con los refuerzos que le trajeran Fernandez y Ravelo, quiénes, informados por Juana del resultado de la misión confiada á Huallparrimachi, no escucharon ya las advertencias que les dirigió, teniendo únicamente en vista los laureles que La Madrid pensaba ganar él sólo, y movidos, por otra parte, por la impaciencia de salir de una vez de la inacción en que se encontraban.

La plaza resistía con denuedo, defendida por la fuerte y aguerrida division del General La Hera, cuando llegó á conocimiento de los patriotas que el tan esperado refuerzo de Potosí, comandado

por O'Relly, se hallaba sólo á una jornada de marcha. La Madrid, con su acostumbrada audacia, resolvió ir á su encuentro y tomarlo de sorpresa. El activo La Hera, de acuerdo con O'Relly, siguió inmediatamente á los patriotas, consiguiendo ambas fuerzas realistas, tomarlos á dos fuegos al pié de la cuesta de Cachimayo. El éxito no podía ser dudoso; y de nada sirvió á los patriotas el arrojado temerario de los jefes y la desesperada resistencia de los soldados. Declarada la derrota, fueron perseguidos tenazmente hasta la cuesta llamada de Carretas; allí se detuvieron los realistas para tomar respiro, pudiendo La Madrid y los suyos seguir con más descanso la retirada.

Sin tropezar con ningun obstáculo durante su trayecto, llegó la fuerza patriota á Tarabuco: pero comprendiendo que La Hera no tardaría en alcanzarla, resolvieron los Jefes que se tomase pocas horas de descanso, concertando, mientras tanto, algunas medidas previsoras para continuar en más orden y mayor seguridad, la retirada á la frontera.

## X

### Incidentes

Terminado el acuerdo entre los Jefes, se retiró La Madrid encargando que se buscara á Juan en su nombre. El jóven no tardó en acudir á su llamado.

—Noble y querido amigo, dijo el Mayor, estrechándole las manos con profunda emoción. Diez veces te he sido deudor de la vida en los combates... y si hubiese seguido tus consejos... si hubiese aceptado las proposiciones de que viniste encargado...

—Aun es tiempo, Comandante, le interrumpió Juan con viveza. U, será recibido siempre con placer por los nuestros en la frontera; y allí, reorganizadas nuestras fuerzas, olvidaremos con las victorias los desastres de la derrota.

—Hablas como quién eres, Juan, y tus palabras de aliento son un bálsamo para mi atribulado espíritu. Tus deseos van á cumplirse: hemos resuelto marchar á La Laguna.

—¡Bendito sea Dios!, exclamó el mancebo.

—Y para despistar á La Hera, que nos sigue de cerca, marcha Fernandez dentro de pocos momentos, á la cabeza de una ligera partida, por el camino de Taco-paya. Es el anzuelo que echamos á los tablas. Mientras ellos corran tras de la fuerza de Fernandez, que se les hará humo en el mejor momento, el grueso de nuestra tropa tomará otra ruta esta misma tarde.

—Yo conozco todas las que van á La Laguna, ¿cuál es la que UU. han elegido?

—¡Hombre!, á decirte verdad, son tan raros los nombres que hay en estos lugares, que no se me gravan en la memoria; pero recuerdo el de un pueblecillo que nos servirá de descanso... es una cosa así como Suipacha.

—Sopachui, dijo Juan, sintiendo un violento golpe en el corazón.

—Justamente ¡Diablo de nombres arrevesados! ¿Qué dista de aquí á ese lugar?

—Cuentan 18 leguas, Comandante.

—De las que anduvo el diablo cuando se hallaba de buen humor, muchacho. Ya conozco el modo de medir las distancias que tienen UU. los alto-peruanos. ¡Paciencia! La esperanza de conocer en breve á la valiente Doña Juana, me hará sobrellevar con resignación el resto del camino.

—¡Con cuanta complacencia será U. recibido por mi hermana?



—¿Tu hermana dices?

—Verdad es: debía darle el título de madre, porque lo ha sido y sigue siéndolo para mí, pero el de hermana responde mejor a su edad y a la confianza que le tengo.

—¿A su edad?

—Me lleva con pocos años.

—¿Qué oigo?... ¡Y yo que me la figuraba ya bastante cansada! ¡Hombre!, y debe ser una real moza, ¿verdad?

El entusiasmo del joven Mayor hizo sonreír a Juan, pero recobrando su seriedad le contestó gravemente.

—Doña Juana Asurdui de Padilla es una mujer que sólo puede inspirar admiración y respeto.

—Y para producir esos sentimientos, tiene por fuerza que ser hermosa. Ya me tarde ponerme a las órdenes de mi bella Coronela (El Gobierno de Buenos Aires, en honrosísima nota de 13 de agosto de 1816, le confirió el grado de Teniente Coronel. Años más tarde, el Libertador le dio los despachos del Coronel).

—De Sopachui el Villar, donde tiene establecido su campamento, solo hay nueve leguas, que ella se apresurará a salvar, así que reciba el aviso que UU. le hayan enviado.

—¡Hombre!, temo que a nadie se le haya ocurrido una cosa tan importante. ¡Qué aturdidos somos! Pero, tú piensas en todo, muchacho, y aun es tiempo de remediar ese olvido.

—Sin duda, Comandante: y si U. me autoriza...

—Volando, amigo mío, antes de perder más tiempo ¡Diablo de descuido!... Y a propósito de diablo, ¿qué suerte ha corrido aquel indio que te seguía como tu sombra? ¡Qué cara de pocos amigos tenía el tal hombre!, ¿ha muerto por ventura?

—No, Comandante Lo he perdido de vista desde hace poco, pero es seguro que ya me espera en mi alojamiento. Y ahora pienso que nadie mejor que él puede ser el conductor del aviso para Doña Juana.

—Haz lo que convenga; pero una vez cumplido su encargo, que cuide de irse a los infiernos. ¡Maldita la gracia que me hace volver a tropezar con él en mi camino!

Sonrió el mancebo y despidiéndose del Mayor, se dirigió a su habitación, y allí, como lo había presumido, encontró a Leoncio. Contra su costumbre, él fue el primero en dirigir la palabra a Juan.

—Te esperaba, le dijo, porque ahora que el peligro ha pasado para ti, llega el momento de separarnos.

—¿Vas a la frontera, amigo mío?

—¿Quién puede asegurar a donde lo conducirá el destino?, contestó evasivamente Leoncio.

—No es por mera curiosidad que te lo pregunto. Necesito urgentemente un mensajero seguro para enviar al Villar una carta a Doña Juana.

—Seré yo quien la conduzca sin demora. Dame la carta, Huallparrimachi.

Juan tomó una de las hojas de su libro, y escribió lo siguiente:

*—Hermana mía: Pocas horas mediaran entre estas líneas, que te envié como aviso, y nuestra llegada á Sopachui, donde estoy seguro de encontrarme en alas de tu impaciencia. Allí escucharás de mis lábios los tristes detalles del desastre que en vano tu prevision se empeñó en evitar.*

*Permita Dios que las dolorosas lecciones de la experiencia enseñen á seguir dócilmente tus consejos. Mientras tanto, ¡soy tan feliz pudiendo decirte: ya vuelvo!...*

Sin medios para cerrar esta carta, dobló sencillamente el papel y lo alcanzó á Leoncio.

—¿Esperan la respuesta?, preguntó éste.

—No: me basta tu promesa de poner sin demora mi mensaje en manos de Doña Juana.

—Es deseo tuyo y se cumplirá. ¿Volveremos á vernos, Hualparrimachi?

—¿Quién puede asegurar á donde lo conducirá el destino?, contestó el jóven, imitando la reserva del indio. En todo caso, te debo ya bastante para que jamás se borre tu amistad de mi memoria.

Leoncio tomó las manos del mancebo y las llevó á sus lábios.

—¡Dios proteja á mi Señor!, murmuró con sentido y respetuoso acento, y salió de la habitacion.

—¡Hombre extraño!, pensó Juan. Si no conociese su lamentable historia, encontraria que la anciana de Yotala y La Madrid tiene razon en la repulsion que las ha inspirado. ¡Pobre Leoncio! Ellos ignoran la profunda é incurable herida que lleva en el corazón; y qué rostro humano puede expresar franqueza y el contento cuando el alma está sumida en un dolor sin esperanza?

Y este pensamiento, despertando el de su amor tan ardiente como contrariado, hizo volar su imaginacion hacia Blanca, á cuyo lado lo conduciria bien pronto su felicidad ó su desgracia.

## XI

### Un soldado ex -seminarista

Leoncio al perder de vista el pueblo, tomó con paso rápido una senda áspera y desierta; no tardó en detenerse, y lanzó aquel silvido que parecía ser una señal, y que tuvimos ocasión de oírle en la quebrada de Yotala. Saltando como un ganso por aquellas quiebras estériles y rojizas, acudió un hombre de pequeña tala, de fisonomia juvenil y llena de chispeante viveza.

—¡Diantre!, exclamó al acercarse al indio. Ya era tiempo de que me saques de esta madriguera de vizcachas, donde te espero porque asó lo quiso tu soberana voluntad. ¡Arrastrada vida la mía, desde que tuve la desdicha de conocerte, indio de mil demonios, se le ocurrió al viejo ponerme á tu disposición, para que me tengas como un azacan, llevando de seca en meca tus malditos chismes! Pero una órden es una órden: yo obedezco la de mi Jefe y me lavo las manos, *lababo manus meas*. Y bien, ¿acabarás por abrir ese tu negro pico?

—Esperaba que terminases tu charla contestó Leoncio impasible.

—Pues, haz de cuenta que se acabó, aunque me queda mucho que desembuchar para darme á todos los diablos. ¿Qué nuevo chisme debo comunicar al viejo La Hera contra los patriotas?

—¡Silencio!, exclamó el indio mirando con recelo á su alrededor.

—¡Me gusta la precaución! ¿Crees que los buitres se entretengan en recoger tus infernales cuentos?

—Llévame sin tardanza ante tu Jefe.

—¿Esas tenemos ahora? ¿Empieza a desconfiar de mí que he ejecutado *al pedem litere* todas tus comisiones? No olvidaré ni en cien años aquella que me diste cerca de Yotala para tu colega el criollo de Sopachui... ¡Jui!, hasta ahora se me hiela la sangre al recordar aquellos sus ojos de muerto... ¡Vaya que tienes uno amigazos!...

—¿Marcharemos por fin?, exclamó Leoncio, golpeando el suelo con ira.

—*Vade retro*... ¡Cuidado con venirme con esos humos de mundo!... Si otras fueran las circunstancias, yo te pondría en el lugar que te corresponde; pero hoy... ¡paciencia!

Y tomando un aire de suprema importancia, echó á andar cantando á voz en cuello un estribillo popular.

—¿Calla, temerario!, dijo Leoncio, tomándolo con fuerza del brazo. ¿No comprendes que debemos marchar en silencio imitando la prudencia de la serpiente?

—¡Alto ahí! Te permito la comparacion en singular, pero te la prohibido respecto á mi persona.

El indio se encojió de hombros y guardó silencio. Así caminaron algun rato sin dirigirse una palabra; pero este silencio violentaba visiblemente á su locuaz é inquieto guía.

—Dime, hombre, exclamó de pronto, ¿cómo diantres te has arreglado para ganar en un santiamen la confianza del viejo? Hace un año que desempeño á su lado las importantes funciones de asistente, y sólo he conseguido oír sus destemplados gruñidos.

—Esos son asuntos entre tu Jefe y yo, le contestó secamente Leoncio.

—¡Cierto que tu cortés respuesta esclarece mi curiosidad! Per. Recapitulenos, como decía *en illo témpore* mi Catedrático en el Seminario, y de inducción en inducción, lléveme el diablo si no doy con lo cierto del negocio. Veamos: tú hiciste tu primera aparicion en Tarabuco, en la madrugada del día anterior á la llegada del gaucho La Madrid á Chuquisaca, para más señas que fui yo quien te introdujo al cuarto del viejo, que tuve contigo una encerrona, de la que resultó que yo debía seguirte á luz y á sombra, aunque con mil precauciones, para acudir á tu primer llamado, sin que nadie...

—Mejor aráís en guardar para tí tus recuerdos y tus deducciones, le interrumpió severamente Leoncio.

—Pues, imagínate sordo, con bravío, y asunto concluido; pero, hago uso de mis derechos de hombre libre, como dicen los patriotas en sus proclamas, para seguirme hablando *in pectore* como lo acostumbro siempre que me honro con mi propia compañía. ¿Has llegado á sospechar siquiera la clase de sujeto que soy yo, indio *ánima vilis*?

Leoncio guardó silencio.

—Quiero usar de condescendencia contigo, relatándote la vera historia de Cueto Pérez, estudiante distinguido que fue en el Real Colegio Seminario de San Cristóbal, en la ilustre ciudad de Charcas.

Su compañero apresuró el paso.

—¡Ola! ¿lo tomas de esa suerte?, exclamó el estudiante. Te advierto que te dejaré plantado para que busques al viejo como te lo dé á entender tu amigo Lucifer.

—¡Oh!, murmuró Leoncio, apretando los puños, ¡ignorar dónde se halla el campamento realista!

—Y no seré yo quién te lo avise, para dejarte en seguida que te vayas sólo. ¡No, en mis dias!; por que asi como ahora haces traicion al gaucho y á Huallparrimachi...

Un gesto amenazador de Leoncio, cortó la frase al incorregible jóven.

—Bueno, bueno, repuso, tomando un aire protector, ¡tengamos la fiesta en paz!, y marcha con el respeto que se debe al sobrino carnal del ilustre caudillo patriota D. Jacinto Cueto, honra y gloria...

Un violento traspié, lo obligó esta vez á interrumpirse.

—¡Peste de veredas!, exclamó, recobrando el equilibrio. ¡Vida de perros la que paso! Pero la tengo merecida, y ciento y más, por mi necio orgullo. ¿Qué me costó pedir perdón á mi madre y á mi buen tio Jacinto, por la inocente travesurilla estudiantina que me valió ser expulsado del Colegio? Pues, no Señor; y léjos de eso, me refugié en las filas de los enemigos de mi familia, y renuncié el estudio, cuando por mis adelantos, mi inteligencia y mi noble cuna, era el llamado *ad hoc* para suceder en la silla Metropolitana, al Ilustrísimo...

Llegado á este punto, tuvo el locuaz Pérez que callarse, para contraer su atencion al estrecho y peligroso barranco que atravesaban.

—Ya caigo, ya caigo, gritó de pronto, estremeciendo á Leoncio que lo seguía profundamente abstraído, y que apresuró el paso para ir á su socorro. ¡Vaya, hombre exclamó riendo estrepitosamente, ¿no comprendes que hablo en sentido figurado? Es porque acaba de iluminarme una idea... ¡Vamos! ¿sabes tú la razon que ha inducido al viejo para encargarme del desempeño de tus comisiones?

Leoncio no contestó.

—Pues mira, indio de los demonios, es porque me conoce listo como un diablo, y sabe que conozco á palmos todos los vericuetos que hay desde Sopachui, mi pais natal y el de mi ilustre tio Jacinto, hasta Chuquisaca, porque, durante mis escursiones estudiantiles...

—Tanto mejor, le interrumpió Leoncio con impaciencia.

—¡Diantre! Ya veo que mi perspicacia te vuelve el don de la palabra. Comprende, pues, la superioridad que tengo sobre el común de los mortales, gracias á mis aprovechados estudios en el Real Colegio de San-Cris...

—¡Alto!, ordenó un centinela, dirigiendo la beca del fusil al pecho de Pérez.

—La Hera y Tarabuco, ¡bárbaro!, dijo éste, retrocediendo con presteza.

Y Leoncio descubrió con viva satisfaccion, el campamento realista.

—¡*Laudemus Deo!* , exclamó el ex -estudiante. Voy á conducirte en el acto ante el General, para que confecciones con él alguna tramoya diabólica contra los patriotas ¡Allá se las avengan UU.!, con tal de que yo me vea libre de tu presencia, *per Cristo dómimo nostro, Amen.*

## XII

### El aviso

Hemos dicho que los realistas, dejaron de perseguir á los derrotados patriotas en la cuesta de Carretas, pareciendo abandonado á su destino; pero, el General español tenia firme resolucion de poner fin de una vez y con un solo golpe, á las audaces tentativas del inquieto La Madrid, confiando en que este Jefe, tan valiente como inexperto, no tardaria en presentarle la ocasi3n que buscaba. Así es que, tomando diestramente un camino paralelo al que seguían los patriotas, y cuando éstos hicieron alto en Tarabuco, él se situó en posici3n tan ventajosa, que no podia escapársele ninguno de los movimientos del enemigo. En esta disposici3n, al ver á Leoncio, no dudó que llegaba el momento deseado.

—¿Los rebeldes han avandonado el pueblo?, le, preguntó con ansiedad.

—D. Estéban debe anticipárseles á la cabeza de una partida: quedó disponiéndose para marchar.

—¿Qué ruta toman?

—La de Taco-paya.

—Gracias, amigo. Voy á dictar inmediatamente las medidas del caso, para movilizar mis fuerzas.

—No he terminado aun, dijo el indio.

—Habla y procura ser breve: ya comprendes que no puedo detenerme.

—Llevo un mensaje para Doña Juana, murmuró Leoncio, despues de un instante de vacilacion.

—¡Ah!, hizo La Hera con interés. ¿Y ese mensaje?...

—No lo sé.

El español miró sorprendido á Leoncio, en cuyo rostro, impasible por lo general, se descubría al ruda lucha de dos opuestos sentimientos.

—Escucha, Jefe, dijo al fin con aire de forzada resolucion. Antes de hacerte conocer el mensaje que llevo, te exijo dos solemnes juramentos sobre la cruz de Cristo; si los rehusas, eres dueño de quitarme la vida, pero no me arrancarás el secreto.

La Hera contestó sin vacilar.

—Conozca de una vez tus condiciones y las cumpliré sin restricci3n; pero no perdamos tiempo.

—Júrame, pues, devolverme la carta que voy á entregarte, inmediatamente que te informe de la que ella dice.

—¿Es por cierto el mensaje?... Ahora comprendo que lo ignoras...

—¿Aceptas?

—Sí. Vamos pronto á tus otras condiciones.

—Sólo me queda una, pero esa es para mí la primer. Júrame por la salvaci3n de tu alma que contenga lo que contuviese la carta, nunca buscarás la ocasi3n de hacer daño á Huallparrimachi.

—¡Diablo de nombre!... Ya lo recuerdo: se llama así un jóven, inseparable compañero de La Madrid y que es considerado por UU. como una divinidad. ¿No fue contra él que me hiciste destacar de Tarabuco una partida, que se volvió burlada?

—Yo no engaño tu confianza, Jefe; te comuniqué que mi propósito era presentármelo para descubrirle el peligro y ganar su amistad por ese medio, pero, que no quería que se le perjudicase.

—De todo modos, puedes estar seguro de que yo no hubiese consentido en que se jugase semejante farza á mis soldados, sin la carta de eficaz recomendación del criollo amigo de Aguilera y ardiente servidor del Rey nuestro amo. Me apresuro á hacerte justicia: has correspondido perfectamente á lo que respecto á ti prometía D. Remigio.

—Y ahora, dijo Leoncio, ¿juras cumplir las condicione que te impongo?

La Hera colocó con solemnidad la mano sobre la cruz de su espada.

—Lo juro como católico y como militar, contestó con tal acento de sinceridad y resolución, que consiguió desvanecer las últimas vacilaciones del indio.

Sacó del seno el papel que le confiara Juan, y lo presentó á La Hera.

—Es de Huallparrimachi, dijo con emocion.

El Jefe realista recorria ansiosamente aquellas cortas líneas y quedó profundamente pensativo. La voz grave de Leoncio lo volvió á la realidad de la situación.

—Necesito la carta para continuar sin tardanza mi camino, dijo impaciente; he perdido ya mucho tiempo.

—No: exclamó La Hera, lo has ganado

Y junto con el aviso, puso en sus manos dos onzas de oro, que guardó el indio con indiferencia.

—¿Vas directamente al Villar?, le preguntó el español con interés.

—Antes debo ve á D. Remigio en Sopachui.

—De ningun modo, exclamó La Hera. La menor demora, la más pequeña indiscrecion, lo desbarataria todo. Nadie, entiendes bien?, nadie sino la viuda de Padilla, debe conocer el contenido de la carta, porque sólo asó lograremos que caigan en nuestras manos; y diez victorias no nos importarian tanto como la captura de esa endiablada rebelde. Secreto, pues, y celeridad, ¿me lo prometes?

—Yo busco la venganza, contestó Leoncio, y ayudo y obedezco á los que me la proporcionen. La carta irá en alas del viento á su destino. Adios, Jefe.

—Di hasta la vista, porque estoy en la obligacion de recompensar tus servicios á la causa del Rey nuestro Señor.

### XIII

#### Deducciones.

La Hera esperó á que Leoncio se alejase un tanto y llamó á uno de sus asistentes.

—Presente, mi General, dijo nuestro ex -seminarista, cuadrándose militarmente.

—Era U. á quien necesitaba, cabo Pérez.

—Cueto Pérez, si lo tiene á bien, mi General. ¿Debo seguir mi peregrinacion tras los talones del indio?

—Pero esta vez sin que él lo advierta. Se trata de no perderlo de vista durante pocas horas. Si toma el camino á la frontera, lo deja U. en paz... ¿U. conoce todos los que allí conducen, no es cierto?

—Tanto ó mejor que el fondo de mi bolsa, lo que no es poco decir, mi General, porque siempre está vacía.

—Ya procuraremos llenarla con los despojos del enemigo. Decia, pues, que si nuestro hombre sigue resueltamente su camino, lo deja U. marcharse; más, si vuelve sobre sus pasos, le da sin ceremonia su pasaporte para la eternidad. Hoy traciona á La Madrid, mañana puede hacerlo conmigo... No hay misericordia que guardar con los traidores.

—De acuerdo, mi General, dijo Pérez con aire satisfecho. Debo, pues, evitar á todo trance que vuelva á reunirse con los rebeldes. Acepto esta comisión de mejor gana que las anteriores.

—Y esta tarde regresa U. sin falta. Sus conocimientos del terreno en que vamos á maniobrar, me serán muy útiles.

Cueto Pérez irguió su pequeña talla para ponerse á la altura de su importancia.

—De paso, prosiguió el Jefe diga U. que me llamen al Mayor Espartero.

—Aquí me tiene U., General contestó el jóven D. Baldomero, destinado á adquirir más tarde una gran notabilidad en España. Llegaba precisamente en este momento á verme con U.

Cueto Pérez, á una señal de La Hera, llevó la mano al morrion, giró correctamente sobre sus talones y salió de la tienda, convencido de que él era el hombre de la situación, como diríamos ahora.

—¿Tenemos alguna novedad?, preguntó La Hera á su segundo.

—El esperado aviso de la salida de los rebeldes, acaba de llegarnos.

—¿Toda la fuerza de los insurgentes ha abandonado Tarabuco?, exclamó sorprendido el Jefe.

—Todavía no; pero no tardará en seguir á la partida que se ha destacado.

—Esa es otra cosa, repuso satisfecho La Hera. ¿Qué camino ha tomado esa pequeña fuerza?

—El de Taco-paya.

—Justamente.

—¿Lo sabrá U., mi General?

—Sin duda. Va conducida por D. Estéban Fernandez.

—¡Ah!, hizo Espartero con sorpresa; yo lo ignoraba. De suerte que, nos ponemos inmediatamente en movimiento.

—No: contentémonos con enviar unos 25 hombres para que se entretengan en picar la retaguardia á la columna de Fernandez.

—Pero, esa nuestra pequeña fuerza corre el riesgo de encontrarse entre dos fuegos y ser sacrificada, General.

Pierda U. cuidado, Mayor: La Madrid con el grueso de su tropa, no seguirá á Fernandez.

El rostro del jóven expresó la duda.

—No, no seguirá á Fernandez, repitió con fuerza el Jefe.

—Si tiene U. esa evidencia...

—Lo creo firmemente, basado en mis propias deducciones.

—¿Y el fundamento de ellas, mi General?

—Es una carta de aviso escrita á la viuda de Padilla.

—¡Ah!, exclamó Espartero prestando viva atencion; ¡y ella ha revelado á U. el plan de La Madrid!

—No, pero me ha dado la clave para deducirlo. La columna de Fernandez lleva el único objeto de entretenernos en su persecucion, y lanzarnos por el camino de Taco-paya, mientras se nos escapa La Madrid con los suyos por el de Sopachui, donde cuenta que se le reunirá Doña Juana.

—Parece increíble que esa combinacion sea fruto de la atolondrada cabeza de La Madrid.

—Tampoco debemos fiarnos en la firmeza de su resolucion; y la prudencia nos impone permanecer en expectativa hasta el último momento; pero, es indispensable, mientras tanto, que aparentemos haber caido en la trampa que nos han preparado. Envie U. sin más tardanza esos 25 hombres de caballería en persecucion de Fernandez, y que vayan persuadidos ellos mismos de que no tardaremos en seguirlos para que propalen la noticia y llegue á conocimiento de los rebeldes. Espero el regreso de U. para concertar definitivamente mis medidas.

#### XIV

#### Cármén.

Es tiempo ya de que volvamos la vista hácia las personas que, agitadas por tan diversos y opuestos sentimientos, dejamos á mediados de mayo, en las esmaltadas orillas del río de Orkas.

La locuacidad del ex -estudiante Cueto Pérez, nos ha informado de que vió á D. Remigio como enviado de Leoncio. Fácil es comprender que éste se hubiese apresurado á comunicar á Ronsardes la resolucion de Juan de acompañar á La Madrid y tomar parte en el proyectado ataque sobre Chuquisaca. Estas noticias desvanecieron el recelo que abrigaba D. Remigio sobre el pronto el pronto regreso de Juan y las tentativas que hubiese podido hacer para ver á Blanca, á quién, por este temor, tenia sujeta á dura vigilancia. Contando desde entónces con entera tranquilidad para disponer de su tiempo, el rencoroso criollo lo empleó en mantener cautelosa pero activa correspondencia con sus amigos realistas de la frontera, sin que nadie se atreviese á turbar la independencia de un hombre escudado por la proteccion de Doña Juana.



Mientras que D. Remigio se entregaba en cuerpo y alma á sus tenebrosas intrigas, Blanca languidecía sóla y postergada en las preocupaciones, ya que no las afecciones de su padre. Y pasaban los días sin traerle una noticia de Juan que la consolase en su abandonado. ¡Juan la habia, pues, olvidado ó habia muerto!...Y el corazón de la pobre niña se oprimía con angustia y sus ojos estaban enrojecidos por el llanto.

Casi siempre sóla en la cabaña, sin más sociedad que la de los esclavos que habian traído para el servicio, pues Ronsardes se ausentaba con frecuencia en misteriosas excursiones, solía Blanca seguir por largo espacio aquella senda por la que, en época no lejana, veía avanzar con paso rápido la esvelta y hermosa figura de su amado.

En la tarde del 11 de junio, cuando la altura del sol le anunció que podía hallarse de regreso D. Remigio para ponerse ya á la mesa, la rubia niña, con el cuerpo fatigado y adolorida el alma, tomó lentamente el camino para volver á la cabaña. Su mirada suave y melancólica, que vagaba sin objeto por los campos, agostados por el invierno, se fijó de pronto en una mujer que, en actitud suplicante, parecía esperarla.

—Si es á mi á quien te diriges, ¿porqué no te aproximas?, le dijo Blanca.

La belleza y el acento bondadoso de la niña, parecieron disipar el recelo de la desconocida. Avanzó hácia Blanca, ofreciendo á sus ojos un tipo perfecto de la hermosura femenil de su raza.

—Yo te imploraba como una imagen aparecida, virgencita mia, dijo á la jóven en su armonioso y poético lenguaje. No me atrevía á hablarte temiendo que te desvanecieses como una ilusion. ¿Eres tú, por dicha mia, dueña de aquella cabaña?

—Allí vivo ¿Y tú, de dónde vienes?

—De lejós y fugitiva.

—¿Fugitiva?... ¿Puedes haber causado daño tú, tan jóven y hermosa?

—¿Daño yo?... ¡Oh! sí: ahora lo haria para vengarme de todo lo que he sufrido.

—¡Pobrecilla! ¿Y tu familia, tus padres?...

—A mi madre la mataron los soldados á mi vista, dijo la jóven, ahogando un sollozo; ignoro hasta hoy la suerte de mi padre.

—Otra víctima de los horrores de la guerra, pensó Blanca con tristeza. ¿Y, á dónde diriges ahora tus pasos?, preguntó á la india. ¿Eres por ventura de estos lugares?

—No; pero los he recorrido con frecuencia y los conozco perfectamente. No me detendré en ellos, sin embargo, sino el tiempo que necesito para dar algun descanso á mi fatigado cuerpo. Me dirijo al Villar, hermosa niña, en demanda de la proteccion de la Providencia de los míos, la noble Doña Juana.

—Pues bien: yo tengo motivos de inmensa gratitud hácia la ilustre viuda de Padilla y bendigo á Dios por la ocasión que se me presenta de ofrecerte seguro y descanso asilo, á tí á quién me ligan iguales sentimientos por nuestra protectora. Dime tu nombre hija mía.

—Cármen.

—Ven conmigo: voy á conducirte á casa.

—¿Vives sóla, virgencita mía?

—No: mi padre me acompaña.

—Avísame su nombre para bendecirlo en union del tuyo.

—Yo me llamo Blanca y mi padre R. Remigio Ronsardes.

—¡Ronsardes! ... ¡Remigio Ronsardes!, repitió Cármen, estremeciéndose violentamente, como si hubiese recibido un terrible golpe.

Blanca la miró sorprendida.

—¿Por qué te causa extrañeza ese nombre?, preguntó á la india.

Un fuego sombrío y amenazador hizo brillar los negros ojos del Cármen; pero al cruzar su mirada con la suave y angelical de la niña, ocultó el rostro entre sus manos y prorrumpió en sollozos. Blanca sobrecojida ante aquel estallido de dolor, cuya causa no alcanzaba á explicarse, guardó silencio.

No tardó Cármen en sobreponerse á su emocion, y alzando su inclinada frente, dijo á la jóven con acento conmovido y dulce.

—No: sería una injusticia odiarte á ti, tan pura y bondadosa. Yo rogaré á Dios que aparte de tu cabeza el castigo que reserva al culpable. Adios, inocente y hermosa niña ¡Adios!

Y se alejó precipitadamente dejando á Blanca presa de una vaga y dolorosa inquietud.

## XV

### ¡Por fin!

Tampoco se hallaba Ronsardes más tranquilo. Desde la última noticia que le enviara Leoncio de la derrota sufrida por los patriotas en Cachimayo, esperaba por momentos conocer los resultados de ella, y las operaciones ulteriores de vencidos y vencedores. Llegaba á creer, en vista del silencio, del indio, que vendría personalmente á darle los importantes y decisivos informes que necesitaba para ponerse en accion, como lo tenia ya resuelto; y con esta esperanza, permanecía la mayor parte del tiempo en impaciente espera en el sitio que habia designado á Leoncio para recibir sus avisos.

A la misma hora en que Blanca volvía de su solitario paseo, cuyo inesperado término acabamos de ver, D. Remigio, perdiendo la esperanza de recibir tambien ese día, al esperado mensajero, resolvió regresar á la cabaña despues de fijar por última vez su escudriñadora mirada á la distancia; pero quedó clavado en el sitio al distinguir un hombre que marchaba rápidamente hácia él.

—¡Richchariy!, dijo el viajero á modo de salutación, mirando con fijeza á Ronsardes.

—Te esperaba, contestó éste ¿Quién te envía?

—Leoncio.

—¿De donde?

—De Lupiara.

—Conozco ese lugar: dista pocas leguas de Tarabuco. ¿Qué te encargó Leoncio que me dijese?

—Mi hermano llevaba una carta de los rebeldes para D<sup>a</sup> Juana.

—¡Maldicion!, exclamó Ronsardes. ¿Y no se le ocurrió venir por aquí para mostrármela?

—Corría prisa llevarla á su destino para el mejor servicio del Rey.

—¿Qué sabia el nécio?

—Así se lo aseguró el Jefe de los realistas.

—¿A quién dio sin duda conocimiento de la carta?

—Sí.

—¡Bien!, dijo Ronsardes satisfecho. ¿Es eso todo?

—Me encargó tambien decirte que los rebeldes salian ese mismo día de Tarabuco con dirección á la Laguna, por el camino de Taco-paya.

—¿Ese mismo? ... ¿Qué día fue ese?

—Ayer, Sepa que el Jefe blanco queda advertido, añadió mi hermano, y que él se prepare con los suyos para ayudarle en el gran golpe que medita para exterminar á nuestros enemigos.

—¡Por fin!, exclamó Ronsardes con tal cruel expresión de gozo, que hizo retroceder al mensajero. ¡Oh!, yo juro que por mi parte, no dejaré nada que desear la fiesta.

Pocos momentos despues, despedia al enviado de Leoncio, recompensado generosamente, y volvía á su casa, entrando á su habitación sin dirigir una mirada á la olvidada Blanca. Esta oyó los pasos de su padre, con un inexplicable sentimiento de temor. Procuró borrar de sus rostro las huellas delatorias de sus impresiones, y fue á verlo.

—Padre, dijo golpeando discretamente la puerta que halló cerrada, nos espera la comida.

Ronsardes salió con un aire de buen humor, que la joven no recordaba haberle notado hacia mucho tiempo.

—Ya nos llega la buena, hija mía, dijo, frotándose gozosamente las manos. Pronto veremos el fin de nuestras penalidades.

—Dios oiga á U., padre mío, contestó Blanca.

—Ya era tiempo, ¿no es verdad chiquilla? Pero, pongámonos á la mesa: tengo un apetito de los mil diablos, y me urge ir al pueblo.

—¿Estará U. ausente hasta muy tarde?

—Tanto que mi regreso no será posible hasta dentro de tres o cuatro días: no te inquietes por ello.

—Y yo, dijo Blanca palideciendo, ¿debo quedarme aquí, tan sóla?

—En ninguna parte podría dejarte más segura y tranquila. Quedas rodeada de nuestros buenos y fieles esclavos, y yo haré mis recomendaciones á nuestro excelente Diego. ¿No te parece bastante?

—U. lo quiere... y yo he prometido obedecerle, murmuró Blanca, inclinando la cabeza para disimular las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

D. Remigio sin prestar atención á las impresiones de la jóven, siguió comiendo con el buen apetito que había anunciado, y al levantarse de la mesa dijo á Blanca.

—Ordena á Diego que me ensille inmediatamente el caballo.

Y entró á su cuarto, cerrando de nuevo la puerta. Tomó de la mesa un pliego de papel, que dividió en varios pedazos, escribiendo sobre cada uno de ellos estas breves líneas.

—*A las ocho de esta noche, en la hacienda de "El Sauce", á caballo y con armas. Maniobra urgente y decisiva.*

Puso un signo convencional al pié de estos misteriosos renglones, y doblándolos, los guardó en el bolsillo.

—Los enviaré de Sopachui á los que viven fuera del pueblo, se dijo, y el resto se repartirán allí mismo.

Sacó del cajón un par de pistolas y las cargó con esmerada complacencia, poniéndoselas, en seguida al cinto, y tomando su poncho, despues de calzarse las espuelas, salió para montar el caballo que el negro esclavo Diego, traía de la brida.

Blanca, pálida, ahogando sus sollozos, presentó su helada frente á los labios de su padre, que la rozaron apénas.

—¡Ea!, exclamó D. Remigio, montando á caballo, ¡fuera temores é inquietudes! No quiero ver caras de cuaresma, cuando ¡por fin! Me sonrío la esperanza. Diego, prosiguió dirigiéndose al anciano esclavo, bien probados tengo tu zelo y tu fidelidad. Durante mi ausencia, vela con esmero por la Señorita, y ¡cuidado con moverse de casa!

Hecha esta sumaria recomendación, partió D. Remigio, seguido por una larga y tristísima mirada de Blanca.

## XVI

### En el Villar.

En la madrugada de la fría mañana del 12 de junio, llamaba un hombre á la puerta de la casa ocupada por Juana Asurdui en aquel pueblo de su predileccion. Aunque la hora intempestiva hiciera dudar que fuese contestada la llamada del importuno, no tardó en oirse una voz que preguntaba.

—¿Quién es?

—Carta de urgente para Doña Juana, contestó el de afuera. La envia Huallparrimachi.

A este nombre, la puerta se abrió sin tardanza.

—Entra, dijo el de la casa. Voy á anunciarte á la Señora, que se levantará en el acto. ¿Tu nombre?

—Leoncio.

Minutos despues fue introducido ante la presencia de Juana. Las luces que alumbraban la habitación, á causa de hora tan temprana de aquel amanecer de invierno, destacaban la altiva y noble figura de la heroína que, de pié, en medio cuarto, se adelantó vivamente al encuentro del indio.

—¿La carta de Juan?, le dijo.

Leoncio se la dio en silencio.

—¡Se vienen!... ¡Gracias al Cielo!, exclamó Juana con inmensa satisfacción. Juan no se equivoca: yo volaré á su encuentro.

Y volviéndose al hombre que condujera á Leoncio y que permanecía respetuosamente á la puerta, añadió con viveza.

—Vaya U. en busca del Capitan Cueto: a necesito inmediateamente.

Mientras se alejaba el enviado, Juana examinó con su mirada penetrante el aspecto del mensajero de Huallparrimachi.

—Debes haber marchado muy de prisa, le dijo con acento bondadoso, porque tu rostro revela la fatiga. Vete á tomar descanso, mientras se te proporcione alimento.

Y le indicó con la mano un cuarto inmediato, por cuya puerta entró Leoncio frío y mudo como una sombra.

—Señora, dijo volviendo apresurado el enviado en busca de Cueto, está en la puerta una pobre jóven que se empeña en que U., la reciba, y como sé que U. no rehusa...

—Dígale U. que la espero, le interrumpió Juana, y en otra vez, ponga U. mayor dilijencia en cumplir mis órdenes.

—Gracias, noble Señora, exclamó con voz hondamente conmovida una mujer, arrojándose á los pies de Juana.

—Levántate, hija mía, dijo ésta, y dime lo que á esta hora te induce á buscarme.

Obedeció la suplicante, y poniéndose de pie, mostró su juvenil y lozana hermosura.

—Perdóname si te importuno, contestó tristemente; pero y venía directamente y de muy léjos á buscar el amparo de tu casa.

—Lo tienes desde este momento. ¿Eres sólo?

—¿Quieres oír mi historia? Así conocerás á quién dispensas tu protección.

—Te escucho.

—Mi padre ha pertenecido á tu noble causa, y, sin aun vive, debe seguir prestándote sus servicios. Teníamos nuestra casa aislada y tranquila en la comprehension de Tarbita, y no era raro que alojásemos las partidas de los nuestros que pasaban por aquel sitio. Hace tres meses que el Capitan de una de ellas, envió á mi padre con un aviso al Jefe, que se hallaba distante. Quedamos, mi madre y yo con la partida, que esperaba su r egreso. Despertamos al amanecer del dia siguiente al ruido de los disparos. Doble número de realistas habia caido de sorpresa sobre los nuestros, que se defendieron hasta el fin con desesperado valor. Mi madre y yo, abrazadas estrechamente, vimos con terror el fin sangriento del combate...

La jóven cuya voz temblaba de emoción, se interrumpió en este punto, y ni ella ni Juana, interesada vivamente en la relación, notaron que Leoncio de pie, apoyándose pálido y tembloroso en el marco de la puerta, escuchaba á su vez con toda su alma.

—Valor, hija mía, dijo Juana. Procura terminar tan tristes recuerdos.

—Uno de los Oficiales vencedores se precipitó sobre nosotras, prosiguió la jóven, sofocando sus sollozos, y trabó lucha con mi madre que me defendía con una fuerza y un valor sobrehumanos... Una puñalada en el pecho y un balazo en la cabeza, terminó la lucha... Mi madre cayó muerta, y mientras el asesino con algunos de los suyos, me arrebatava conduciéndome con precipitación, ví que los demás incendiaban nuestros sembrados y nuestra cabaña.

—¡Ellos!...¡Fueron ellos!, rugió Leoncio, presentándose lívido como un espectro ante la mirada sorprendida de Juana y la jóven.

—¡Mi padre!, grito ésta, y con loco arrebato se precipitó á sus brazos. Sí, fueron ellos, nuestros enemigos de siempre. ¿Lo ignorabas acaso?, diciendo entre lágrimas, y dominada aun por la impresión de sus recuerdos.

—Dímelo todo, todo, prorrumpió Leoncio con voz sorda, ¿Sabes el nombre del Jefe de esa partida maldita?

—Como no saberlo si lo he oido repetir tantas veces en mi cautiverio?... Y hace pocas horas que ha herido nuevamente mis oidos y mi corazón.

—Dilo, pues.

—D. Remigio Ronsardes.

—¿El?, exclamó Juana con tristeza.

—¡E!!!, repitió Leoncio con acento cavernoso; y su fisonomía reveló tal trastorno que, asustada la jóven lo estrechó entre sus brazos, mientras le decia con acento de inmenso cariño.

—¿Qué te importa ya ese hombre, padre mío? ¿No Has recobrado á tu hija querida, á tu Carmen, que ha sabido burlar la vigilancia de sus raptores y vuelve á tu lado pura y digna de ti?

—Me tiene U. á sus órdenes, dijo Cueto, entrando con precipitación. ¿Qué sucede Señora?

—Es necesario preparar inmediatamente nuestra gente, para ir sin pérdida de tiempo á recibir á La Madrid, que viene con los suyos por Sopachui, contestó Juana.

Leoncio se desprendió bruscamente de los brazos de su hija.

—¿Huallparrimachi viene por Sopachui?, preguntó con espanto.

—Así me lo asegura en la carta que me entregaste.

—¿Eso avisaba la carta?... Y yo...

Leoncio no pudo continuar: la voz se le anudó en la garganta. Sus crispados puños golpearon violentamente su pecho, y cayendo á los pies de Juana.

—No te pido que me perdones, le dijo, hasta probarte mi arrepentimiento... Corre al socorro de los tuyos... ¡quizá no sea tarde!...Yo vuelo, á salvar á Huallparrimachi... y en demanda de la sangre

que necesita mi venganza...Pero, mis fuerzas están agotadas...¡ Por piedad!, un caballo, un caballo...

—Toma el mío, que he dejado en la puerta, dijo Cueto con presteza.

—¡Padre!, gritó la jóven con desconsuelo, extendiéndole los brazos.

—Te la dejo, exclamó Leoncio, dirigiéndose á Juana. ¡Ella aloménos es digna de tu protección

## XVII

### Sopachui.

El enlace de los acontecimientos nos ha obligado á anticipar los que quedan relatados en el capítulo anterior, para la claridad de los que van á seguirse.

Volvamos á las primeras horas de la noche del 11, y encontraremos á Ronsardes en la casa de la hacienda de "El Sauce", distante pocas cuabras del pueblo. Lo rodean varios hombres, á quienes explica breve y claramente su plan, esperando la llegada del único que aun no acude á la premiosa cita.

Debian, sin retardo alguno, ponerse en marcha con dirección á Taco-paya. El primer alto lo harian en Checollo, finca seis leguas distante de Sopachui, propia del cabecilla rebelde, Jacinto Cueto, empezando desde allí á dejar sentir su venganza, llevándolo todo á sangre y fuego, mientras adquiriesen noticias positivas de La Hera, que seguía de cerca á los insurjentes, resuelto á exterminarlos de una vez y para siempre; y ellos se le unirían entónces para entónces para ayudarlo y tomar su parte de gloria, y satisfacer con usura todos y cada uno de sus justos resentimientos.

Este breve discurso arrancó un ¡viva! de entusiasmo.

—A caballo, pues, y ¡adelante! Exclamaron los amigos de D. Remigio.

Este consultó su reló: eran las ocho y media de la noche.

—No podemos perder más tiempo, dijo. Alguna causa imprevista motiva la demora del inasistente: él nos alcanzará, no lo dudemos, pues su decision por nuestra sagrada causa, es notoria. Dejemos encargado al mayordomo de la finca, para que le advierta qué ruta vamos á seguir.

Cinco minutos despues, Ronsardes y los suyos galopaban por el camino de Checollo.

Los abandonaremos entregados á sus sangrientos planes de venganza, para volver la vista al humilde pueblo de Sopachui.

*A los tres dias de penosa marcha, dice el General Mitre en su Historia de Belgrano, hablando de la retirada de La Madrid á la frontera, como á las nueve de la noche, penetraron por una estrecha garganta á un valle circular, extenso, apacible, de suave temperatura y alfombrado de ricos pastos. A su fondo se descubría, en medio de la oscuridad, una elevación: cortada horizontalmente, como una meseta, en cuya falda se diseñaba á manera de decoración, un pueblito cuyas arboledas se destacaban en el fondo de un cielo sereno. Todo convidaba al descanso, hombres y caballos exhaustos de fatiga se rindieron al sueño sin que se tomase ninguna precaución. Aquel lugar era Sopachui...*

A esta exacta descripción, sólo añadiremos por nuestra parte que el pueblo está ventajosamente situado en una especie de península, bañada por los ríos de Orkas y Paslapaya, cuyas aguas van á reunirse á una media legua de distancia; y que la arboleda que le servía de decoración, ha desaparecido de sus cercanías, gracias á nuestra genial indolencia y á nuestro innato espíritu de destrucción.

La Madrid, gratamente impresionado ante la calma y la belleza de aquel sitio, se volvió á Juan que lo seguía, exclamando alegremente.

—Este es el oasis prometido á nuestra fatigosa peregrinación. ¡Con qué delicia se respira el aire suave y embalsamado que nos da la bienvenida, amigo mío! ¿Si sospecharía La Hera, que á estas horas debe estar corriendo como un ganso en nuestra busca, la tranquila y grata hospitalidad que nos ofrece este bendito pueblo?

—Quiera Dios que lo sospeche lo más tarde posible, contestó el jóven.

—Amen, repuso festivamente La Madrid. Y ahora dime, ¿qué noticias tenemos de mi hermosa y valiente Coronela?

—Ninguna, Comandante; pero, aseguro á U. que si mi carta ha llegado á sus manos, como no lo dudo, ella no tardará en venir á nuestro encuentro.

—Permitir eso sería descortes de nuestra parte, Juan. Mira, ¿no te parece inmejorable mi idea de dejar descansando á la tropa y madrugar mañana nosotros dos para presentarle mis respetos en el Villar?

—Inmejorable, dijo sonriendo el mancebo. La sorpresa sería muy grata para mi hermana.

—Te tomo la palabra, mi presunto soberano... ¡Qué diablo! Casi estoy tentado á revelarte mi gran secreto, ahora que la tranquilidad y la alegría, me llenan el corazón... Pero, no: el permiso no me ha sido concedido todavía por Belgrano y los amigos, que á estas horas están informados del importante hallazgo de mi Inca...

—Lo esperaremos con calma, interrumpió Juan, impaciente por poder disponer de su tiempo. Mientras tanto, pensemos en el reposo de que tanto necesita U., Comandante.

—Descargo ese cuidado en ti, que tienes que hacerme los honores de la recepción.

—Voy á ocuparme en proporcionar á U. alojamiento.

—Lo cual le será sencillísimo, dijo riendo el jóven Mayor, pro que todas las casas me parecen desiertas. Voy á ocuparme, á mi turno, en dar un vistazo á mi jente. En efecto, como sucedía en esos difíciles y peligrosos tiempos, los vecinos del pueblo, al sentir la aproximación de las fuerzas, habrían huido á ocultarse en los bosques y quiebras de los alrededores, y otros pocos, sorprendidos en el primer sueño en sus casas. Felizmente, la primera en que pensó Juan pertenecía á un próximo pariente de Cueto que, sabedor el primero de que la tropa que llegaba era de patriotas, permaneció tranquilo en la suya, aceptando con satisfacción el notable huésped que le anunciara el jóven.

—¡Excelentes patriotas todos los dignos paisanos del Capitan D. Jacinto Cueto!, exclamó La Madrid, posesionado de su comfortable alojamiento. ¿No es verdad, Juan?

—Las excepciones son pocas, pero las hay por desgracia, Comandante.

—¡Qué remedio! El mejor trigo no está escento de la cizaña.



—Dejo á U. deseándole una buena noche.

—¿Te vas, amigo mío? ¿No estás alojado aquí?

—Mañana muy temprano me tendrá U. á sus órdenes.

—Sí: no olvides nuestro grato proyecto. Por mi parte, prometo desquitarme con usura de la fatiga de estos malditos días, soñando con mi heroica y bella Coronela. Te deseo igual suerte, mi jóven Inca. Buenas noches.

No tardó el campamento patriota en entregarse confiadamente al reposo, y el silencio, revelador del sueño, sucedió á la alegre y bulliciosa animacion de los primeros momentos.

A esa hora salia del pueblo, con dirección á El Sauce, un hombre que entretenia su rápida marcha con el siguientes soliloquio.

—Maldigo las consecuencias de la famosa chicha de mi comadre! Me tumbé como un animal, y no pude oír el toque de ánimas para acudir á la cita; y cuando me despertaron me hallé con que el gaucho con sus tropas frescas y tranquilas, se habia apoderado del pueblo, y que mi familia, con el pretexto de salvar mi caballo, me habia dejado bonitamente á pie.

¿Qué habrá pensado D. Remigio de mi falta?, él que no entiende de bromas y es capaz de dejar tuerto al lucero del alba! ¡Famosos recibimiento el que me espera!...Pero, si estarán todavía en El Sauce los amigos ó se habrán desbandado con la noticia de la llegada de los rebeldes?... ¿Qué objeto se propondría D. Remigio al reunirnos? Quizá no ignoraba la proximidad de La Madrid, porque yo no sé cómo se las arregla para saberlo todo, y resolvió que le heciésemos frente... ¡Qué bruto soy! ¡Imaginan que un puñado de hombres... No: el pensamiento de D. Remigio fue sin duda el de salvar á sus amigos de caer en manos del gaucho. En fin, no me devanaré los sesos: pronto sabré lo que haya ocurrido, y por cierto que seguiré á D. Remigio hasta el fin del mundo, porque á su lado no se corre peligro; es el amigo predilecto de Aguilera, y entre los rebeldes cuenta con la protección de Doña Juana y con la amistad de Huallparrimachi, que se dice que es novio de su hija y que ahora ha llegado al pueblo con La Madrid. ¿Diablo de hombre el tal Ronsardes!, siempre cae de pie como los gatos: es necesario que yo participe de su buena suerte.

## XVIII

### Un rayo de sol.

Al separarse Juan de La Madrid, no fue por cierto para dar á sus miembros ni á su espíritu el descanso de que tanto necesitaban. La idea de estar tan cerca de su amada, sin ver no fuese mas que la cabaña protectora de su sueño, le causaba una agitación que doblaba sus fuerzas. Ignoraba, es verdad, si D. Remigio permanecía aun en su seguro asilo; pero, se resistía á pensar lo contrario; y no quiso hacer pregunta alguna en el pueblo prefiriendo permanecer en la incertidumbre que, en ciertas situaciones, significa la esperanza.

Atormentado por la ansiedad y vencido por sus sentimientos, tomó, por fin, el conocido sendero que conducía á la morada de Ronsardes; el profundo silencio que la rodeaba, oprimió el corazón de Juan: era indudable que la casa habia sido abandonada, pues si bien en circunstancias normales, debia presumirse que en aquella abanzada hora de la noche, sus moradores se hallasen entregados al sueño, ¿cómo suponer ahora, que D. Remigio ignorase la llegada de fuerzas enemigas y siguiese tranquilo y entregado á sus costumbres habituales?

—Han huido, si es que aun se encontraban aquí, pensó desconsolado el jóven. ¡Imprudente Ronsardes! ¿no contaba con la garantia de mi amistad?... ¡Ah!, pero él no podia saber mi llegada con La Madrid.

Y la idea, de haber perdido quizá para siempre á Blanca, postró sus fuerzas y quedó inmóvil é insensible, apoyado en el tronco del tarco que agitaba tristemente sus desnudas ramas, al soplo helado de aquella noche de invierno. El frío que penetraba sus carnes, sacó á Juan de la especie de estupor que lo embargaba; y le vino el deseo ardiente, irresistible de entrar al pequeño corredor y ocupar aquel mismo sitio desde el cual tantas veces lo veía venir Blanca, sin disimular el contento que teñía sus mejillas de lirio, de un delicioso y virginal rubor. De un solo salto, salvó la distancia á que se encontraba.

—¡Eh! ¿quién es?, dijo una voz soñolienta, desde uno de los extremos del corredor.

Juan se estremeció, creyendo haber reconocido la de Diego, el anciano y leal esclavo de D. Remigio.

—¿Diego?, preguntó vivamente.

—¿Qué se ofrece, mi amo?, repuso éste, sacudiendo el sueño y poniéndose de pié. U. me perdone... ¡como no le esperaba esta noche!

—No soy el que tú crees, dijo el mancebo, conteniendo con sus manos los desordenados latidos de su corazón. ¿Me reconoces?

—Esa voz...

—Soy el mejor amigo de D. Remigio.

—Dispense U. D. Juan, ¡Estaba tan lejos de pensar!...

—¿Te hallas sólo en la casa?, le interrumpió el jóven, respirando apénas.

—La Señorita...

En ese momento, se abrió la puerta de la habitacion de Blanca, apareciendo ella con una luz en la mano.

—¿Ha llegado mi padre?, preguntó gozosa.

—¡Blanca!, gritó Juan, cayendo á sus piés, loco de felicidad.

La sorpresa, una sorpresa inexplicable, mezcla de infinita dicha y de terror sin nombre, hizo vacilar á la delicada criatura, que cayó, como un tronchado lirio, en los brazos de su amado, mientras Diego recogiendo la luz que se escapara de sus manos, alumbraba aquella pareja tan bella, tan enamorada y llena de juventud y de vida.

Las ardientes caricias del mancebo reanimaron á Blanca que, estremecida y ruborosa, se desprendió de los brazos que la retenían.

—Diego, dijo al anciano, lleva la luz al comedor y no te me separes.

Y alzando el brazo de Juan, lo condujo á la habitacion en que días ántes tuvo lugar la despedida entre los dos amantes. Diego se sentó en la puerta. Juan contemplaba con muda adoracion el rostro de la jóven, idealizado por el sufrimiento.

—¿Sabes que mi padre está ausente?, le dijo Blanca, volviendo á la realidad de su difícil situacion.

—Cuando me dirigia aquí, yo lo ignoraba.

—Pero, ¡Dios mío! ¿qué motivo te obligó á venir semejante hora?

—¿Y me lo preguntas?... Mi esperanza era de contemplar el sitio en que tú respiras y velar el sueño de que gozabas. ¡El Cielo ha premiado mi respetuoso deseo... pues que gozo de tu vista, amada mía!

Tus palabras no responden á tus acciones, Juan, repuso Blanca con tristeza. Nada he sabido de ti desde nuestra separacion.

—Un deber sagrado me imponia la mayor circunspeccion y la más estricta reserva; los que me rodean me eran completamente desconcidos, y por otra parte, temia que una imprudencia, una indiscrecion cualquiera, reagravase tu situación, amada de mi alma, ante la suspicaz tiranía de tu padre.

—Escucha, dijo Blanca fijando en el rostro del mancebo una mirada llena de lealtad, de firmeza y de amor. He jurado obedecerle... pero he jurado tambien no pertenecer jamás á ningun hombre.

—¡Jamás!... ¡jamás podré llamarte mía!

Y una palidez de muerte, se extendió por el semblante de Juan.

Y ahora, murmuró la jóven, sintiendo que la abandonaban las fuerzas, déjame entregada á mi soledad... á mi abandono... á mi amor sin esperanza!

—¡No!, exclamó Juan con violencia. Conoce á tu pesar el precio del corazón que despedazas... Yo te protegeré á tu despecho ¡sóla y débil criatura! De la brutalidad de los soldados que ocupan el pueblo.

—¿Mi padre!, gritó Blanca con espanto. ¿Qué has hecho de mi padre?

—¡Oh, nada temas por él, dijo Juan con amargura. Ante el Jefe y las fuerzas patriotas que están en Sopachui, le sirve de escudo el nombre y la protección de Doña Juana.

Blanca se puso de pié.

—Vamos en su busca al pueblo, exclamó, y si no lo encontramos por desgracia, imploraré la protección de ese Jefe, amigo tuyo.

—¿Tan poca confianza te merece la mía?... ¿Nada quieres deber á este amor, que nunca conseguirás arrancarme del alma?... ¡Blanca!: te juro que eres sagrada para mí como la santa imagen de la Virgen, que venero en los altares.

—Te creo... te creo, amado mío, dijo la tierna niña, colocando sus manos en las del mancebo, con un arranque de abandono sublime. Me entrego á tu protección con la confianza con que el débil niño se acoje al regazo de su madre. Y ¿no eres tú el único que compadece mi abandono, que da calor y vida á mi lastimado corazón?

Juan besó con respeto las manos de su amada; y, desde aquel instante, sin más testigo que el discreto y silencioso esclavo, olvidaron el mundo y olvidaron el transcurso fatal del tiempo, gozando de aquel brillante rayo del sol de la felicidad.

## XIX

### 12 de junio de 1817.

*A las 8 de la mañana del día siguiente, el campamento patriota despertó al estrépito de descargas cerradas, que se sucedían sin interrupción. Eran el activo La Hera y su segundo Espartero que, con el batallón Centro y un escuadrón de caballería, habían tomado la vanguardia, y marchando por el flanco derecho de la columna patriota, con el intento de cortar la retirada en Sopachui, desembocaban en la quebrada por uno de sus flancos. Desde ese momento todo fue confusión, y la derrota se declaró antes de poder organizar la resistencia. Todos huyeron, con abandono de la artillería y una bandera, y dejaron en poder del enemigo como trescientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, rescatando los vencedores los suyos... Distinguiéndose en la retirada, que con sus derrotados restos emprendieron al frente del enemigo, el Mayor Ravelo y el Capitán Luyones, que, con sus guerrillas de retaguardia, salvaron el honor de aquella desastrosa jornada. (Mitre: Historia de Belgrano) (El Sr. Guzman da la fecha 14 á este notable acontecimiento, pero creemos que el General Mitre, en posesión de los copiosos documentos de esa época, que guardan los archivos de Buenos Aires, esté mejor informado al respecto.)*

—¡Ah! exclamó el desgraciado La Madrid, viéndolo rodeado de un pequeño grupo de los suyos, no tener conmigo á mi noble Juan para dirigir nuestra retirada! Debe haber caído entre las primeras víctimas, puesto que no acudió á mi lado á compartir de mis peligros. Valiente y generoso, amigo mío, digno del espléndido porvenir que le aguardaba, ocupando el restaurado trono de sus antecesores (La idea de restaurar el trono de los Incas, preocupó de pronto á algunos de los hombres influyentes de la revolución.)

—Mi comandante, dijo repentinamente un joven, saliendo de un bosquecillo cerca del que se encontraban indecisos y consternados los patriotas, si UU. fían en el sobrino carnal del ilustre caudillo D. Jacinto Cueto que, como su valiente tío, tiene la gloria de ser de Sopachui y la suerte de conocer á palmas estas y las regiones circunvecinas, pronto se verán libres y seguros, camino á Pomabamba, único que aun queda á UU. expedito.

—Pero, ¿ese sobrino?... preguntó La Madrid, examinando con detención la fisonomía llena de chispeante viveza del joven.

—Lo tiene U. á sus órdenes, mi Comandante, y con sincero deseo de ser útil á los que militan en la misma causa que con tanto denuedo defiende mi celeberrimo tío D. Jacinto Cueto.

—Lleva el uniforme realista observó uno de los compañeros de La Madrid.

—Es verdad, contestó con su acostumbrado aplomo nuestro ex -estudiante, á quién nuestros lectores deber haber reconocido en el acto; pero sangre obliga, y yo no desmentiría ni por la corona del rey de España con más sus Indias, la muy ilustre de mi tío D. Jacinto Cueto, que corre por mis venas. A la prueba, que he venido siguiendo á UU. sin perderlos de vista, y nadie hubiera podido disputarme un premio y el grado de sargento, si me hubiese dado la gana de proporcionar á La Hera la importante captura del Comandante... Pero, yo no fuerzo á nadie y ¡viva la libertad!, como dicen UU. los patriotas... Celebraré que puedan salir del atolladero sin recurrir á mis conocimientos *ad hoc* para...

—En marcha, muchacho, en marcha, le interrumpió La Madrid, advirtiéndote desde ahora que estamos prevenidos y que, á primera sospecha...

—Me despachan UU. al otro mundo. Entendido mi, Comandante. ¿Queda cerrado el trato?

La cómica é imperturbable seriedad del ex - seminarista, acabó por conquistarle las simpatías del joven Mayor.

—Nos entregamos á ti sin condicion, le dijo sonriendo, ¡Diablo de chicuelo!

—¡Atencion a la voz de mando!, exclamó Cueto Pérez, tomando el aire de importancia que requerian á su juicio, las graves funciones de que se le encargaba. ¡ Armas á discreción!, hacerse los angostitos [Frase gráfica con que el célebre cabecilla patriota, tarijeño . Don Eustaquio Mendez (el moto) , ordenaba á su tropa] y ¡en marcha!

## XX

### ¡Fatalidad!

La Madrid explicaba sólo con la muerte, la ausencia de Juan en la hora del peligro; pero nó Juan no había muerto. La luz de aquel infausto día lo sorprendió entregado á la inefable dicha de leer en los ojos de su amada todo el amor que le llenaba el alma. El recuerdo de su promesa al jóven Mayor, venía, empero, á echar una sombra al risueño cielo de su felicidad; pero Juan la desvanecía luego, diciéndose que la fatiga retendría á La Madrid hasta una hora más avanzada, y que las nueve leguas que los reparaban del Villar, podian hacerlas cómodamente aun saliendo de Sopachui un poco entrada la mañana. Por otra parte, ¿podía abandonar á Blanca tan sólo próxima á un campamento?... Estas reflexiones calmaron su excrupulosa delicadeza, volviendo una pura y tranquila dicha á embargar su alma.

Cuando el sol esparció sus rayos luminosos por los helados campos, el mancebo, enlazando con uno de sus brazos el delicado talle de Blanca, la condujo fuera para saludar con alborozo al astro rey, ménos ardiente y animando que las miradas que se consagraban los amantes en muda contemplacion y extático recogimiento.

Blanca sintió, de pronto, crispase el brazo que tan suavemente la enlazaba.

—¡Dios mío! ¿Qué sucede, Juan?, exclamó con espanto.

Pero no tuvo respuesta. Con el cuello tendido, la respiracion hanelosa y la mirada fija y dilatada, Juan era presa de una inquietud terrible; y le llegó á Blanca la vez de estremecerse: un rumor sordo y prolongado como el del trueno, habia herido sus oidos.

—¡Oh!, exclamó Juan, desaciéndose violentamente de los brazos de Blanca, ¡Han sorprendido á La Madrid! ... ¡Asesinar á los mios!...

Y con la cabeza desnuda y su negra y hermosa cabellera en desórden, se precipitó fuera del corredor. Un grito de desesperación, de agonía lanzado por la jóven, lo clavó en el sitio.

—Juan... amado mío, murmuró la pobre criatura, extendiendo hácia él sus manos suplicantes. Olvidaré mi juramento... ¿seré tuya!... ¡Oh!, no abandones á tu esposa.

Y cayó desmayada, ántes de que Juan y el anciano esclavo, pudieran impedirlo.

—Y bien, ¡sea!, dijo Juan con amarga resolución. Pasaré por cobarde ó traidor ante los mios, pero tu amor... ¡tu amor por recompensa!

Ayudado por Diego, colocó en su virginal lecho el cuerpo inanimado de Blanca, poniéndose de rodillas á su cabecera, calentando con sus besos y humedeciéndolo con sus lágrimas, sus pequeñas manos.

Diego se apresuró á salir en demanda de socorros; pero, al reconocer á su amo que llegaba en desenfadada carrera, lanzó un grito de gozo, deteniéndose á esperarlo.

Las diversas é inesperadas nuevas que recibiera Ronsardes en Checollo, de los lábios de aquel retardado amigo suyo, cuyo soliloquio nos dio á conocer su firme resolución de unirse á D. Remigio, produjo en éste un trastorno vecino á la locura, ¡Frustrados sus planes! ¡perdida la ocasión de la venganza! ¡Traicionado por Leoncio, como él lo suponía! ¡La Madrid con sus fuerzas, tranquilo y reposado en Sopachui!...¿Qué le importaba ésto, despues de todo?... Su idea si idea fija, desesperante, enloquecedora, se encarnizó en Juan. ¡Se hallaba cerca de Blanca!... ¡y Blanca estaba sólo!...

Las mortales seis leguas que lo separaban de su hija, las recorrió con la rapidez de una tromba, por caminos, mejor dicho, senderos que enderezaban la ruta para los de á pié, pero que casi eran impracticables á caballo; pero ellos acertaban la distancia, evitándole pasar cerca de Sopachui, ocupado por los odiados y malditos rebeldes.

—¡Blanca!...¿Dónde está Blanca?, gritó á Diego desde que pudo reconocer al esclavo.

—Está en su cuarto, mi amo, dijo éste, recibiendo la brida del caballo que le arrojó violentamente D. Remigio ¡Pobre Señorita! ¡Parece muerta!

—¿Qué dices?... Alguna desgracia...

—Nada, mi amo; es el susto que tuvo cuando quiso irse y dejarla Don Juan.

Ronsardes que se dirigía al corredor volvió bruscamente sobre sus pasos.

—¿De quién hablas insensato?, preguntó, con los dientes convulsamente apretados.

—Del buen amigo de U., mi amo, de Huallparrimachi, que ha pasado con la niña la mayor parte de la noche.

Rápido como un rayo, D. Remigio se lanzó sobre Diego.

—Mientes, miserable y vil esclavo, rugió con acento bronco, sacudiendo al aterrado negro con brutal violencia. ¡Mientes!

Diego en el colmo del terror, balbuceó señalando la habitación de Blanca.

—Ahí están juntos, mi amo: puede U. verlos.

Blanca reanimada por el dulce calor de las caricias de su amado, habia enlazado con uno de sus brazos el cuello del mancebo, que permanecía de rodillas, y reclinando su rubia cabeza sobre el hombre de Juan, murmuró con acento de amor infinito.

—¡Oh!, amado de mi lama, ¡si así pudiésemos morir juntos!

La luz que entraba por la puerta de la habitación, se veló de pronto: un hombre se hallaba en el dintel, y á esta aparición se siguió la explosión de un tiro. D. Remigio, en la indecisa claridad del cuarto, distinguió la hermosa y varonil cabeza del mancebo; su mano, crispada por la ira y el despecho que lo enloquecían, la tomó de blanco y disparó...

Como la fiera, excitada ante la vista de su víctima, así se precipitó Ronsardes sobre la suya, para acabar con el puñal lo que hubiese dejado que hacer la bala. Un chorro de sangre brotaba de la destrozada garganta del mancebo y una cabeza ideal, como la que Murillo da á sus vírgenes, tenía la sien derecha agujereada por el plomo...

D. Remigio lívido, con el cabello erizado, la mirada atónita, no retrocedió un solo paso, no lanzó un solo grito... y sus ojos sin color, de expresion acerada, no pudieron apartarse ya del rostro de su hija...

—¡Muerto!...¡Asesinado!, gritó con honda desesperación un hombre, que se precipitó locamente sobre el cuerpo del mancebo. ¡Ah!, prosiguió con voz estridente y terrible, dirigiéndose á Ronsardes, traidor, incendiario, asesino... ¡Vengo la sangre, de mi esposa!...¡vengo la sangre de Huallparrimachi! ¡Muere!

Y el puñal de Leoncio se hundió una y otra vez en el pecho de D. Remigio, que insensible, con la rigidez, de una estátua, cayó al fin, mezclando su sangre con la ardiente y generosa de los dos amantes.

## XXI

### Triste peregrinacion.

La noticia del desastre de La Madrid, le llegó á Juana con al rapidez con que vuelas las noticias de este género, sorprendiéndola á las cinco leguas de distancia de Sopachui.

Cueto opinó por el regreso inmediato al Villar, pero la heroica Juana, resolvió hacer alto en el sitio en que se encontraban, y enviar algunos hombres de entera confianza en averiguacion de la suerte que hubiese á Juan, y de los movimientos ulteriores de La Hera, resuelta á aprovechar de la ocasión que pudiera presentarse, para vengar el desastre de La Madrid.

Su mortal espera, no le permitia tomar un instante de reposo. Con agitado paso, recorría la estrecha y mezquina habitación que le servía de alojamiento, seguida por la mirada llena de amor y de veneracion de Cármen, que, de pié en uno de los extremos, guardaba respetuoso silencio. Contaba con impaciencia las horas indispensables que necesitaban para cumplir su mision, los hombres que habia enviado hacia poco, y pensaba en la inaccion abrumadora á que, mientras tanto, se hallaba condenada; más, y cuando ménos lo esperaba, entró Cueto con Leoncio, cuyo rostro pálido, fatigado y sombrío, ahogo en los lábios de Cármen, el grito de gozo que le arrancan su presencia.

Leoncio dio cuenta, en breves palabras, de la evacuacion de Sopachui por las fuerzas realistas (La Hera, satisfecho de su triunfo y mal de cabalgadura, se replegó á La Laguna. [Mitre: Historia de Belgrano]. , inmediateamente despues de su fácil victoria; y añadió con voz lenta y grave.

—Huallparrimachi y su amada han muerto. Yo llegué tarde para salvarlo, pero no para vengar su sangre y la sangre de mi esposa, D<sup>a</sup> Juana. He pensado que sólo á ti te correspondía el derecho de tributarle los últimos honores. Vamos: Sopocachi y sus cercanias, tienen el silencio y el abandono de las tumbas.

La llegada inmediata del bravo Capitan Lugones con sus esforzados guerrilleros, confirmó la relacion de Leoncio, añadiendo que La Hera habia marchado con dirección á La Laguna. Juana dejó al valiente Capitan á la cabeza de sus tropas; y acompañada por Cueto y seguida Cármen y Leoncio, tomó el camino á Sopachui.

Eran las cuatro de la tarde cuando llegaron á sus cercanias Juana suplicó á D. Jacinto que buscase en el pueblo, quiénes condujesen los cadáveres al humilde cementerio, y ella continuó adelante con Leoncio y Cármen. Cuando tuvieron á la vista la trágica cabaña, Juana la creyó desierta.

—¡Todos han huido!, dijo á Leoncio.

Pero éste le señaló en silencio al pobre Diego, guardando como un perro fiel, la puerta de la habitación de Blanca.

## XXII

### Arrepentimiento.

Cueto entró á Sopachui. Las huellas de la sangrienta sorpresa, detenian á cada momento sus pasos. La Hera, en la precipitación de su retirada, habia dejado insepultas á sus víctimas. Bandadas de buitres se levantaban con siniestro vuelo, á la aproximacion de Cueto, obligándole á volver el rostro, para evitar el horrible y repugnante espectáculo de aquellos cuerpos abandonados á su voracidad.

La soledad del pueblo era absoluta. D. Jacinto, con una última esperanza y dominado por la inquietud, se dirigió á la casa que ofreciera cordial hospitalidad á La Madrid, y que, como lo dijimos, pertenecía á un próximo pariente suyo. Llamó violentamente á la puerta, pronunciando en alta voz su nombre darse á conocer.

—¡Tío! ... ¡tío Jacinto!, exclamaron alegremente del interior.  
Un segundo de paciencia, que ya abro.

Y nuestro amigo Cueto Pérez se presentó ante las miradas atónitas del caudillo. La más violenta indignación se apoderó de D. Jacinto, que, con los ojos centelleantes y el brazo extendido, gritó con violencia.

—¡Fratricida!... ¡Y aun me insultas con tu presencia!

—*Mea culpa, mea máxima culpa*, dijo el jóven, cruzando los brazos sobre el pecho y cayendo de rodillas presa de una emocion tan sincera y dolorosa, que detuvo el ademán que hiciera Cueto para retirarse. Nó: prosiguió diciendo con desconsuelo, mi conducta criminal no puede disculparse... He pecado contra mi patria y contra U. Pero, la confesion de mi delito ¿hallará cerradas las puertas de su corazón a favor del hijo de su hermana, de aquel que en algun tiempo se honró con el dulce título de su sobrino predilecto?

—No me lo recuerdes ahora, le interrumpió D. Jacinto indignado, cuando tus manos están tintas en la sangre de tus hermanos.

—¡Yo!... ¡yo haber ayudado á degollar á los dormidos!, exclamó Cueto Pérez, incorporándose pálido y estremecido. ¿Sabe U., Señor, en lo que ocupé mi tiempo, huyendo de tomar parte en ese acto de cobardía?... En poner á salvo, arriesgando mi vida, la de La Madrid y sus compañeros.

—¿Eso hicisté?... ¿eso?, interrumpió D. Jacinto, dando vivamente un paso hácia el jóven.

—Y cuando volví al campo de la carnicería, prosiguió éste arrebatado por los sentimientos que desbordaban de su corazón, se apoderó de mi lama el horror de mi conducta desnaturalizada, y me dejé caer al lado de las víctimas, pidiendo á Dios ser confundido con ellas.

D. Jacinto abrió los brazos, vencido y con los ojos húmedos de emocion; pero el jóven, poniéndose de rodillas, le tomó las manos llevándolas á sus lábios con profunda gratitud y respeto.

—Y conseguiste salvarte, muchacho, dijo el Capitan, sobreponiéndose á su emocion.

—Los compañeros me tuvieron por muerto: y como circulase con la velocidad del rayo la noticia de U. y la valerosa Doña Juana, á quién, no sé con qué fundamento, se creía envolver aquí en la



sorpresa, venian con tropas frescas y resueltas al combate. Ha Hera, que comprendió que las suyas no resistirían á ese empuje, salió precipitadamente, sin acordarse de los que quedaban tendidos en el campo. Entónces gané sagrado en la solitaria casa de mi paisano, resuelto á esperar la llegada de U. ó marchar á su encuentro, para obtener su perdón y reconquistar su cariño.

—Veremos si tu conducta, en adelante, te hace acreedor á este último.

—Póngame U. cuanto ántes á la prueba.

—Marchemos... Pero juzgo inútil mi empeño de buscar hombres queme acompañen: el pueblo está desierto.

—No ha quedado más alma viviente que la mía, puede U. asegurarlo.

—Vamos entónces, sin perder más tiempo, á reunirnos con Doña Juana. Debemos dar sepultura á otras víctimas.

—No me hace gracia el oficio, pensó *in pectore* el ex -estudiante. ¡En fin!: ya que es necesario aceptar la penitencia... tanto vale ésta como cualquier otra.

Cuando distinguió la cabaña, á donde se encaminaba D. Jacinto, exclamó el incorregible Pérez.

—¡Ola! Parece que haremos una nueva visita al criollo... ¡Berr! ¡Maldito si deseaba tropezar con sus ojazos de muerto!

—Dobla el paso, le ordenó el Capitan.

El espectáculo que en breve se ofreció á su vista, paralizó al jóven; pero, venciendo su desenvoltura y su locuacidad habitual la impresión que le produjera el fúnebre cuadro, y el respeto que le impusiera la presencia de Juana, exclamó con asombro.

—*¡ Per vivos et mortus!* Cata aquí á la indómita cautiva del Capitan Gonzales, y á su lado el maldito expía...

¡Silencio!, le dijo Cueto El ha delinquido como tú, a tomado ya el camino de la expiacion.

—Distingo, tio, distingo, como decíamos en el Seminario, repuso vivamente Pérez, pero, una severa mirada de D. Jacinto, le selló los lábios.

XXIII

Fin

A la indecisa claridad del crepúsculo de aquel infausto dia, se hallan arrodilladas al pie de una tosca cruz, clavada sobre un monton de tierra, frescamente removida, Juana y Carmen, orando con profundo recogimiento. A pocos pasas y en actitud respetuosa, D. Jacinto y Cueto Pérez, de pié, guardaban silencio; mientras Leoncio y el leal y anciano Diego, dejaban correr libremente sus lágrimas.

Juana alzó al fin su noble y hermosa cabeza, dirigiendo una larga y melancólica mirada al poético sitio que encerraba una tumba. Las desnudas ramas del tarco, protector de la cabaña, se agitaban sobre ella, batidas por el gemidor y helado viento de junio.

—¡Así terminan las pasiones y los odios humanos!, pensó Juana con indecible desaliento. ¡Víctimas y verdugo, duermen ahora juntos y en paz, el sueño eterno!...

Juan, hijo mío, yo no te digo adiós... Tú no has hecho más que anticiparte en el camino que seguiré en breve para unirme con mi esposo! (Dios no escuchó el deseo de la noble mujer: la destinaba para probar hasta donde llega el olvido y la ingratitud de un pueblo.

Juana Asurdui de Padilla, la heroína de cien combates, la patriota abnegada, vegetó en la oscuridad y murió ¡¡indigente!! En 1861).

Y pocos momentos después, la soledad y las tinieblas rodearon la humilde tumba, que guardaba ella sólo el secreto de aquel sangriento drama.

[Potosí, enero de 1894](#)